

LA INTERVENCION EN MEXICO.

COMEDIA.

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

Juan José Castañes,

REPRESENTADA

á beneficio de los Hospitales de Sangre
del Ejército de Oriente, por una Compañía de afi-
cionados, en el Teatro Principal de Guadalajara,
las noches del 1.º 8, y 10

DE MARZO

DE 1863.

297

77

53

ADAD AUTÓNOMA DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE
GUADALAJARA.

Tip. de Banda.—Calle de S. Francisco, n. 3.

1863.

BQ7297

N.C377

I4

1863

C.1



1080041862

110038



Habiendo cumplido el autor con los requisitos que prescribe la ley de 3 de Diciembre de 1846 para asegurar la propiedad literaria, no podrá reimprimirse esta pieza sin su consentimiento, ni representarse, si no es cuando los productos de la representacion se destinen á algun objeto público.

A la memoria

DEL

SR. D. JOSE MARIA CASTANOS

SU HIJO



Juan José Castanos BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PQ7297

C377

I 4
1863

PERSONAJES.

Lola Rubio.....	Sra. Doña Pilar Senosiain de Prieto
Nicolas Molina.....	C. Emeterio Robles Gil
Antonio Rubio.....	Antonio Pérez Verdía
José María Pérez.....	Padro J. Olasagarre
Facundo Barrera.....	Salvador Brihuega
Donaciano Leon de Castilla.....	Joaquín Castaños
William Printseller.....	Bento Gómez Farías
Napoleon Blaguesfort.....	José María Castaños
Juan.....	Agustín Quevedo
Pedro.....	Ignacio Madrid

ACTORES.

La escena pasa en Veracruz, en Noviembre de 1861. Los actos primero, segundo y cuarto en casa de Lola; el tercero en la casa de Diligencias.

ERRATAS MAS NOTABLES.

Pág.	líneas.	Dice.	Debe decir.
22	4	ingels,	ingles
47	21	ahí lo tienes,	ahí la tienes,
51	5	cuado	cuando
51	20	yo he obra	yo he obrado
81	8	francesa.	francesa.



ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Lola, amueblada con elegancia y sencillez. Puerta al fondo que conduce al exterior. Una lateral que conduce a las habitaciones de Lola y otra opuesta, al gabinete de D. Nicolas.

ESCENA I.

D. NICOLAS SOÑO, *sentado ante una mesa, donde habrá varias cartas y periódicos. En el momento de alzarse el telón, está leyendo un periódico.*

Pues Señor, las cosas se van poniendo de color castaño oscuro. Esta Lola es una muchacha mimada, acostumbrada a satisfacer todos sus caprichos, y que olvida el valor del dinero, cuando se trata de un traje, de un aderezo ó de una caridad; y lo peor es, que con el cariño entrañable que le tengo y que demasiado conoce, yo mismo me he vuelto loco y no sé nunca negarle nada.—Su padre que la idolatraba, me dejó de albacea en su testamento y encargado de sus negocios, que por cierto están bastante em-

brollados, no porque no puedan arreglarse, sino porque pingües como son las rentas, apenas bastan para los gastos de esta loquilla de Lola. Hasta ahora, las cosas han podido marchar, merced á que, pagando fuertes usuras y accediendo á todas las exageradas pretensiones de los acreedores, aunque con grandes sacrificios, he logrado quitármelos de encima; pero esto no puede ya durar, y en cada buque que llega de Europa, se me figura ver aparecer á alguno de los acreedores de Inglaterra, Francia ó España, ó acaso á todos juntos; y á la verdad que esta idea me mortifica en extremo. Ahora, por ejemplo, acabo de leer la lista de pasajeros venidos por el "Trent," y no sé por qué estoy inquieto. No he recibido por este paquete cartas de las casas acreedoras y esto me dá mala espina. ¡Si Lola quisiera arreglarse! con un par de años de economías saldriamos de apuros; pero ¡bah! eso sería predicar en desierto. Sin embargo, será necesario tratar de poner remedio... pero alguien viene....

ESCENA II.

D. NICOLAS, D. FACUNDO.

Nicolas.—¡Hola! Sr. D. Facundo, ¿cómo vamos? ¿qué buenos vientos le traen á U. por aquí?

Facundo.—¿Cómo vamos D. Nicolas? ¿Dónde está la loquilla de mi sobrina? Sin duda paseando, recorriendo las tiendas y los almacenes, para venir á casa cargada de zarandajas, que una vez compradas, se quedarán guardadas en los roperos ó las dará á alguna amiguilla ó á al-

guna pobre. Esto ha de acabar mal, D. Nicolas. Bien se lo decia yo al difunto Leandro: esa educacion que das á tu hija, ha de traerte frutos muy amargos. ¡Qué es eso de enseñar á las jóvenes del día, francés, inglés, música, dibujo, historia, geografía y qué se yo cuantas sandeces! ¡Jesus, María y José! ¡Qué tiempos D. Nicolas! ¡con razon anda el mundo como anda! La religion se pierde, las buenas costumbres desaparecen, se pone en duda el poder temporal del Papa! ¿Pero qué debemos estrañar, despues de haber visto los horrores que han hecho los malditos liberales en esta desgraciada República? ¿Quién conociera á la antigua Nueva España, en esta hoy perdida Nacion? ¡Ay de mis tiempos, en que la salud del Rey. Nuestro Señor era la noticia mas importante para nosotros, en que ni siquiera se oía hablar de igualdad, de garantías individuales, de libertad de conciencia!.....

Nicolas.—Vamos, Sr. D. Facundo, que llega U. hoy muy mohino contra los liberales, y ya ha olvidado U. qué venia á preguntar por su sobrina.

Facundo.—Mohino yo! no por cierto. ¿Ya sabe V. que por fin, las aberraciones de los liberales han llegado á tal grado, que las Naciones occidentales de Europa, han resuelto impedir que este pais se acabe de hundir en la barbarie; que con una generosidad, sin ejemplo en la historia, vienen aqui á gastar su dinero, á sacrificar la vida de sus soldados para hacernos felices? Si, muy pronto recobrará nuestra santa religion todo su esplendor; los impíos recibirán el castigo de sus crímenes y volverán á lucir para México los días venturosos del órden, de una autoridad fuerte y respetada, de.....

Nicolas.—¡Cómo, Sr. D. Facundo, puede U. hablar así! Yo poco entiendo de política; hasta hoy metido en mis libros y apuntés, solo sé de Debe y Haber, de Pagarés, Plazos, Libranzas... pero siempre me parece muy extraño, que un mexicano, sea del partido que fuere, se exprese como U. lo hace. ¿Quién puede creer que Francia, Inglaterra y España, vendan á gastar millones, solo, como U. dice con tanto candor, para hacernos felices? Yo espero que no todos tendrán el candor que U. tiene ó aparenta, y que nuestros benefactores encontrarán que no está la breva tan madura como se figuran. Si hay algunos mexicanos que desean y se alegran de la tal intervencio[n]e, muchos, la gran mayoría, no se han de prestar de tan buen grado á que los hagan dichosos; y las tres potencias, que no tienen á menos venir á imponer la ley á una nacio[n] tan débil como la nuestra, verán que no contaban con la huéspedada y que la empresa no es tan fácil como se las habian pintado algunos hijos espurios de México.

Facundo.—¿Con que tambien U., Sr. D. Nicolas, se ha inficionado con esas malditas doctrinas? ¿Tambien U. quiere que la impiedad reemplace nuestra santa religion, Católica, Apostólica, Romana? ¿Tambien U. prefiere que...

Nicolas.—Ya he dicho que no entiendo de política. Pero soy mexicano, y prefiero la independencia de mi patria, desgraciada como ha sido y desgarrada por sus guerras civiles, á que nos vengán á mandar Franceses, Ingleses ó Españoles.—Mas basta de este asunto y volvamos á Lola, que es la que ahora me tiene pensativo y meditabundo.

Facundo.—¿Qué hay pues de Lola? ¿Nue-

vos gastos, nuevos despilfarros? Bien le decia yo al difunto Leandro: enséñale á tu hija el padre Ripalda, la costura, á hacer dulces, á frecuentar los Sacramentos... Nada de fruslerias, nada de modas, nada de literatura moderna; todo esto es la perdicio[n] de las jóvenes.

Nicolas.—Pero, Señor, nada adelantamos con sermonear; lo que hay que hacer es arreglar los negocios de Lola. Ella es una muchacha encantadora, con un excelente corazon y brillantes cualidades. Mas gasta en otros que en sí, mas dá á los pobres, á sus parientes y amigas, que lo que tira en trajes y alhajas.

Facundo.—U. la mima demasiado, D. Nicolas.

Nicolas.—No, señor, la reprendo; y cuando le hago algunas advertencias, conoce que tengo razon, me la dá, ofrece enmendarse y me pide perdon de sus gastos; pero á la media hora, ¡anda vetel! Viene la tia Ramona y "Nicolas, dame cinco onzas para esta pobre tia." Viene cualquiera aventurera y le cuenta alguna lastimosa historia, de cuatro hijos en la miseria, de que no tiene que comer, y le dá todo el dinero que trae en el bolsillo, sus vestidos, &c. Y despues, este traje tan bonito, aquel aderezo tan elegante... en fin, no puedo dar abasto á lo que gasta esta chiquilla.

Facundo.—Es necesario ponerse serio, regañarla.

Nicolas.—Si, señor; pero lo peor es que tiene un modito, una zalameria, unas miradas; me conoce tan bien el lado flaco, que me es imposible negarle nada.

Facundo.—Esa debilidad de U. la pierde.

Nicolas.—Bien lo conozco. Yo quisiera, Sr. D. Facundo, que U. me ayudase, que me la

aconsejase. Ella quiere mucho á su tío D. Antonio, y á él sí lo considera; pero D. Antonio está muy disgustado por sus amores con el excelente calavera de Pepe. Ultimamente ha venido poco á casa, y eso entrada por salida.—Vamos, Sr. D. Facundo, ayúdeme U. Casualmente aquí viene, (*Se oye la voz de Lola fuera*) oigo ya su voz alegre. Sobre todo, no me la regañe U., trátemela con dulzura, con amabilidad, con prudencia, porque de lo contrario nada adelantamos.

Facundo.—Confíe U. en mí. Verá U. como no se resiste á mi elocuencia, y si se resiste, tanto peor para ella; será muchacha perdida.

ESCENA III.

LOS MISMOS. LOLA entra seguida de varios criados cargados de cajas de carton, llenas de trajes, &c. Ella trae tambien en las manos algunas cajitas de alhajas.

Lola.—Buenos días, señores. ¿Cómo le va á U., querido tío? ¿Qué dicen esos malditos liberales que tanto le hacen renegar?—¿Cómo estás, mi buen Nicolás? No te asustes al ver todas estas cajas y sobre todo, no vayas tomando esa carita triste, porque prefiero que me regañes.

Facundo.—Y hará muy bien de regañarte. Su debilidad y estremado cariño te están perdiendo. No es así como se trata á las señoritas de tu edad, y si vieras cuan derechas andan mis hijas en casa!

Lola.—Vamos, tío, no verga U. á insurreccionar á mi buen Nicolás.

Facundo.—Sí, señorita, ya es tiempo de que esto concluya. Por haber U. hecho siempre su

voluntad, en vida del débil de Leandro y seguirla haciendo, abusando del cariño de D. Nicolás...

Lola.—(Parece que va de serio) Espere U. al menos, tío, saber de qué se trata. Todas estas cajas que U. ve, apenas valdrán 1000 ó 1500 pesos, pues, á la verdad, tomé en las tiendas lo que me pareció, sin indagar los precios. Ya será tiempo de saberlo, cuando los mercaderes traigan las cuentas á mi excelente Nicolás. Y á propósito Nicolás.....

Nicolas.—¿Qué se te ofrece, Lola?

Lola.—Al pasar por la casa de la tía Ramona, entré á saludarla, me contó todas sus cuitas y las de unas vecinas suyas, que se han quedado solas en el mundo, habiendo muerto en la guerra un hermano que tenían y era todo su amparo. A la tía, ofrecí mandarle en el acto un socorro para ella y tambien algo para aquellas pobres mugeres. Ya ves, pues, que no he perdido la mañana. (*D. Nicolás se sienta á una de las mesas y sigue leyendo algunos papeles.*)

Facundo.—Excelente mañana en efecto, señorita. Con muchas mañanas como esta, ya verá U. qué tarde se le espera en la vida. Muy buena es la caridad, pero con discrecion, informándose antes de la verdadera necesidad de las personas á quienes se favorece.....

Lola.—¿Ya me va U. á decir que se necesita levantar informacion y formar expediente para cada peso que se dá? Entonces, tío, pasa la oportunidad, y sabria uno tantas cosas.....

Facundo.—Que no tendrías el gusto de dar á todos los que te piden, ¿no es así, sobrina?

Lola.—No digo eso, pero cuando alguien pide, es porque lo necesita. Sobre todo, ya me enmendaré; mas por ahora forzoso es cumplir lo que he ofrecido.

Facundo.—Esas promesas, hechas por tu inexperiencia, no se cumplen. Si quieres hacer caridades, otros medios hay de hacerlas. Dale un tanto al mes á tu padre confesor, para que él, con tino, con prudencia y conocimiento del mundo, lo distribuya entre los verdaderamente necesitados.

Lola.—Tio, tio, ¿y el placer de dar? ¿El placer de ver la felicidad, donde antes habia hambre, miseria, lágrimas?

Facundo.—Ta, ta, ta, señorita. Para todo tiene U. razones y nunca se ha de quedar callada. Es necesario que al fin comprenda U. su situacion. Las locuras, los gastos extremados, han comprometido demasiado tu fortuna, y si esto sigue, en vez de dar, mañana tendrás que pedir, y verás como en el mundo, hay mas pediguéños que dadivosos. Y no tan solo en esto has de cambiar de vida, en otras muchas cosas: ¿qué libertad es esa? ¿cómo sales tú sola y vas á donde te parece, sin cuidarte del qué dirán? Tus amores con ese calavera de Pepe.....

Lola.—Soy dueña de mis acciones y de mi corazon, y mi conciencia tranquila no teme las calumnias, ni las críticas del mundo.

Facundo.—No, Lola, haces muy mal. El mundo tiene razon: la muger debe vivir en su casa, entregada á sus quehaceres domésticos; no debes salir mas que á misa y entonces, acompañada de alguna persona de respeto. Algunas visitas á personas de edad, de reputacion intachable, de principios severos. Despreciar á esos mozalvetes como Pepe; no dar un paso sin consultarlo con tu consejero espiritual.....

Lola.—Entonces, tio, haga U. cuenta que me declaro tullida, porque en cuanto á ver al

padre, cumplo con lo que la Iglesia manda una vez al año y.....

Facundo.—¡Dios mio! ¿Qué estás diciendo, muchacha? ¿Tú tambien te rebelas, tú tambien estás ya inficionada con esas perniciosas ideas, tú tambien.....? ¡Jesus! ¡qué tiempos! con esas doctrinas caminamos á la disolucion social, á la pérdida de la familia, de la moral, y, sobre todo, de nuestra santa religion! ¡Cuánto antes que venga esa intervencion, que nos ha de sacar del abismo! ¡Si, que vengan esas naciones generosas! demasiado tiempo se ha perdido, y si tardan no llegarán ya con oportunidad.

Lola.—Vamos, tio, ya comenzó el sermon sobre su tema favorito. U. queda aquí, con mi buen Nicolas; yo tengo quehacer porque me espera una pobre enferma. (*Va á salir y vuelve.*) Ya se me habia olvidado con estos regaños. Mira, Nicolas, te compré este prendedor, que es de muy buen gusto y de poco precio. (*Dándole una cajita.*) Y U., tio, escoja entre esos trages, que son de última moda, los que le gusten para mis primitas.

Nicolas.—¡Prendedores para mi, Lola! ¿Para qué los quiero yo, pobre viejo?

Facundo.—¡Vaya! si es necesario darle gusto á esta loquilla (*Se pone á escoger los trages*).

Lola.—Hasta luego, tio. Hasta luego, Nicolas. (*Salé*).

ESCENA IV.

D. NICOLAS, D. FACUNDO.

Facundo.—(*Que ha escogido ya varios trages*). Yo tambien me voy, porque hace ya lar-

go rato que he dejado á las chicas solas y no debe ser asi. Sr. D. Nicolás.....

Nicolas.—Para servir á U., Sr. D. Facundo..... Siento que la predicacion de U. no haya surtido mejor efecto.

Facundo.—Ya volveré á la carga.—Mandaré por estas cajas..... (Váse).

ESCENA V.

D. NICOLAS, PEDRO.

Pedro.—Sr. D. Nicolas, un caballero, que por el modo de hablar parece español, desea ver á U.

Nicolas.—¿Español? ¿No lo conoces? ¿Te ha dicho su nombre?

Pedro.—No, señor, no lo conozco. Debe ser nuevo en la ciudad. Me ha entregado esta tarjeta.

Nicolas.—(Leyendo la tarjeta). D. Donaciano Leon de Castilla. ¡Vaya un nombre altisonante! No sé por qué temo..... (Al criado) Que entre. (Sale el criado).

ESCENA VI.

D. NICOLAS, D. DONACIANO.

Donaciano.—¿El Sr. D. Nicolas Molina.....?

Nicolas.—Servidor de U. caballero.

Donaciano.—Por una tarjeta que he entregado al criado.....

Nicolas.—Veo que es U. el Sr. D. Donacia-

no Leon de Castilla. Muy señor mio. (Le acerca una silla) ¿Y á qué debo el honor de esta visita?

Donaciano.—Soy socio y apoderado de la casa de Alvarez y C^ª de Cádiz, y U. como encargado de la testamentaria del finado D. Leandro Rubio, comprenderá cual es el objeto de mi visita.

Nicolas.—(Me lo temia.) Supongo, caballero, que comprendo.

Donaciano.—No hay, pues, que perder tiempo en preámbulos. Yo soy así, pan, pan, vino, vino. Al negocio. El difunto Sr. D. Leandro, adeudaba á mi casa de Cádiz, 120 y tantos mil pesos, valor al 31 de Octubre próximo pasado, segun lo demuestran los documentos que presento á U. (Le entrega unos papeles).

Nicolas.—¡120 y tantos mil pesos.....! U. debe padecer una equivocacion. Segun los libros de la testamentaria, la cuenta solo asciende á 80 y tantos mil pesos y la diferencia es demasiado notable.....

Donaciano.—¿Y los réditos? ¿Y los cambios, señor? ¿Y los perjuicios que se nos han originado, por la demora en el pago, perjuicios que segun promesa explicita del difunto, en cartas que obran en nuestro poder, estaba comprometido á pagarnos?

Nicolas.—Pero permitame U. le diga que 40 y tantos mil pesos de diferencia, es suma que jamás podrá justificarse.

Donaciano.—La cuenta está liquidada. Impóngase U. de los documentos que he puesto en sus manos, y en ellos encontrará U. todo lo que pueda apetecer. Los compromisos del difunto son solemnes y la testamentaria tiene que cumplirlos.—Yo no tengo tiempo que perder y me gusta llevar los negocios al trote. Espero que

se servirá U. decirme cuándo puedo ocurrir por el saldo de nuestra cuenta. Deseo aprovechar el próximo vapor, para embarcar mis fondos, y de no ser así, por penoso que me sea, tomaré providencias que podrán serle á U. desagradables.

Nicolas.—(Con calma) Veo que efectivamente, es U. muy expeditivo; pero negocios de esta importancia, no se tratan tan á la ligera...

Donaciano.—(Interrumpiéndolo.) Yo así trato los negocios. O se me paga lo que reclamo, todo lo que reclamo, sin deducción de un solo centavo, ó...

ESCENA VII.

LOS MISMOS, PEDRO.

Pedro.—Un caballero extranjero desea hablar con U. D. Nicolas. (Le entrega una tarjeta).

Nicolas.—(Leyendo.) Mr. Napoleon Blaguefort. (Esto es otro; parece que se han dado cita). (Al criado.) Que pase. (Sale el criado.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, NAPOLEON BLAGUEFORT. (Nicolas se adelanta á recibirlo).

Blaguefort.—(Acento francés.) Yo supongo tener el honor de hablar á Monsieur Molina. Tengo el honor de saludar á U. Sr. (Nicolas le indica un asiento. Blaguefort se inclina ante D. Donaciano).

Nicolas.—Servidor de U. Tome U. asiento. (Se sientan.)

Donaciano.—(Pocos minutos le saqué de ventaja. Veré si obramos de acuerdo ó nó.)

Blaguefort.—Yo estaria penadisimo de haber interrumpido á vv. señores, y crean vv. que si no fuera por negocios de mucha magnitud, yo no me atreveria á molestar por mas tiempo; pero, entre hombres de negocios, los negocios antes que todo (Sacando una cartera).

Donaciano.—(A Blaguefort) Hable V. Sr. En efecto, entre hombres de negocios, los negocios ántes que todo.

Blaguefort.—Pues Sr. de Molina, haré uso de la bondadosa permission de vv.—Soy representante de la casa de Moulins y C^ª de Paris, y si U. se toma la molestia, puede imponerse de mis poderes. [Le entrega un pliego] No dudo que U. los hallará en toda forma.—Por las cuentas, facturas y demas documentos, que tengo el placer de presentar á U., verá U. que mis representados son acreedores á la casa del finado Sr. Rubio—D. Leandro—de la importantísima suma de 62,428 francos 25 céntimos de franco, por principal de varias facturas de perfumeria, guantes, sombreros de señora, trages de idem, intereses, cambios, perjuicios y daños originados por la falta de cumplimiento en el pago. Esta suma es exigible ejecutivamente, y con gran dolor mio, pues la casa de Moulins y C^ª me dijo al partir por toda instruccion "Haga U. pronto y bien" me veo en la imperosa necesidad...

Nicolas.—Mr. Blaguefort, segun veo, los intereses, cambios, perjuicios y daños, han triplicado el capital. Las facturas, segun los libros de la casa, apénas ascendian á unos 3 ó

4,000 pesos, por varias frioleras para la hija de D. Leandro.

Blaguefort.—¡Oh señor! ¡U. llama frioleras sumas de esta importancia! Los perjuicios que se nos han seguido, por la falta de remesa de esos fondos, son enormes. Nosotros teníamos pensado tomar acciones en una empresa para la explotación de las pieles de los leones y los tigres del Monte Atlas. Las ganancias debían y deberán, en toda seguridad, ser fabulosas, y en justicia, la testamentaria nos es responsable de las utilidades que hubieran debido correspondernos.

Nicolas.—¡Y cuántos dividendos ha hecho la compañía? permítame U. que se lo pregunte, porque si los dividendos son como los de Mr. Mires.....

Blaguefort.—¡Oh Señor! Mr. Mires es un grande hombre..... desgraciado. Es verdad que la compañía, hasta hoy, no ha hecho ningunos dividendos; pero ellos son seguros, matemáticos, infalibles, y U. puede ver por los prospectos..... (*Buscándose en los bolsillos de la levita.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, PEDRO.

Pedro.—Un señor, que por el traje y acento parece ingles, pregunta por U., Sr. D. Nicolas, y me ha dado esta tarjeta.

Nicolas.—(*Leyendo*) Mr. William Printseller.... (Concurso de acreedores tenemos... ¡Al mal paso darle prisal.) Dile que pase. (*Al criado que sale.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, MR. PRINTSELLER.

Printseller.—Mr. Molina. (*Acento ingles.*)

Nicolas.—Servidor de U. (*Le ofrece un asiento.*)

Printseller.—William Printseller, socio y apoderado de la casa Sterling y C^{ca} de Liverpool, tenedor de letras de la misma por 42,000 libras esterlinas, contra la testamentaria de Leandro Rubio; servidor de U. (*Le entrega unos papeles.*)

Donaciano.—[*A Blaguefort*] (Vaya un lacónismo!).

Blaguefort.—[*A Donaciano*] ¡Qué falta de maneras, de urbanidad! ¡¡Al fin ingles!! La importancia, verdaderamente importante de la suma, exigía mas "*savoir vivre*").

Nicolas.—Permítame U., caballero, que examine estos papeles y dentro de algunos dias....

Printseller.—Yo no espero; protesto.

Nicolas.—Pero, señor, la suma que U. reclama no está del todo liquidada.

Printseller.—Yo no admito observaciones; paga U. ó protesto. Mi casa ha sido demasiado bondadosa y no puedo tolerar, por mas tiempo, que se burlen de ella. El ministro de S. M. B. y la escuadra de S. M., tienen ya instrucciones para obrar con toda energia y para exigir por la fuerza, si necesario fuere.....

Donaciano.—[*A Blaguefort*] (Parece que no siempre es tan lacónico.....)

Blaguefort.—[*A Donaciano*] (¡¡Magnifico auxiliar!!).

Nicolas.—No comprendo lo que el gobierno de S. M. tenga que hacer en esto.

Printseller.—¡Oh! no es necesario que U. comprenda. ¿Cuándo me serán entregadas mis 42,000 libras esterlinas y sus réditos?

ESCENA XI.

ALERE LOS MISMOS, LOLA.

VERITATIS

(Nicolas al verla se dirige á ella.)

Nicolas.—Mi buena Lola, ¿qué vienes á hacer aquí? He pasado un rato amarguísimo. Vuélvete, vuélvete á tu aposento.

(Donaciano, Blaguefort, y Printseller la ven y se levantan.)

Lola.—(A Nicolas.) Nó, Nicolas, algo he oído de lo que aquí pasaba, y ya que gran parte de culpa tengo yo de lo que estás sufriendo, vengo en tu ayuda. [Se adelanta y se dirige á los demás; ellos se inclinan, y permanecen en pié.]

Nicolas.—[Presentándola.] Señores, Doña Dolores Rubio, hija única del finado Sr. D. Leandro.—Lola, [Dirigiéndose á Donaciano.] El Sr. D. Donaciano Leon de Castilla.

Donaciano.—[Inclinándose.] A los piés de U. Señorita. [¡Guapa chica!]

Nicolas.—[Continuando.] Mr. Napoleon Blaguefort.

Blaguefort.—[Inclinándose] Su humilde servidor. [¡Que bella muger!]

Nicolas.—[Continuando] Mr. William Printseller.

Printseller.—[Inclinándose] Señorita. [¡Oh! ¡hermosa! ¡hermosa!]

Lola.—Tengan vv. la bondad de sentarse, caballeros.

Menos Nicolas, se sientan todos; Lola en el centro.]

Nicolas.—Señores, con permiso de vv. comienzo á examinar estos papeles. [Se sienta á la mesa y hojea papeles].

Lola.—Caballeros, mucho gusto tengo de conocerlos. Sin duda estais recién llegados á la República y venis á visitar nuestro pobre país, tan hermoso y poco conocido en Europa.

Donaciano.—(Con amabilidad) ¿Qué española, señorita, no conoce á la antigua Nueva-España?

Lola.—Algo mas la conocen sus paisanos, caballero, que los otros hijos de Europa. Sin embargo, del México del año de 21, que es el que conoce la mayoría de los españoles, al México de hoy dia, hay su diferencia.

Blaguefort.—Señorita, todos hemos leído del hermoso México, del cielo azul, del admirable cielo de los trópicos, de sus lindas mugeres de color de bronce y ojos de fuego y pié enano... y sobre todo de sus riquísimas minas de oro y plata. Todos sabemos que es un magnífico mercado para nuestros artículos de Paris, de modas, de perfumeria y de lujo. Es gran lástima que un tan hermoso país esté entregado á la anarquía; se puede decir, á la barbarie. Bajo un gobierno fuerte, verdaderamente religioso y liberal.....

Lola.—¿Liberal como el de Francia? Déjenos U. con nuestra anarquía.—Y U., Mr. Printseller, ¿qué idea tiene U. de México?

Printseller.—¡Oh Señorita! Inglaterra sabe que México consume mas de dos millones de libras esterlinas, de productos ingleses, al año, y

esto le basta. Nosotros no vemos los países mas que bajo el punto de vista comercial.

Lola.—¿Cómo puede U. decirme eso? El grande, el poderoso pueblo inglés, no ocuparse mas que de unos cuantos tercios de indianas ó platillas!! No, no puede ser.

Blaguefort.—Y sin embargo, señorita, esa es la verdad. Inglaterra y los ingleses no son mas que puro mercantilismo; el señor lo ha dicho. Francia, la bella Francia ¡oh! eso es otra cosa. ¡La gran nación no ve mas que la gloria, la libertad de los pueblos, el adelantamiento de la humanidad!! Sus hijos no aman mas que las artes, las ciencias, el progreso social... y....
[Saludando á Lola] la hermosura.

Lola.—Eso dicen los escritores franceses, y hasta ahora, nos lo habian hecho creer; pero despues de haber visto lo que en Francia pasa, á todo ese gran pueblo, tan entusiasta, á los piés de un tirano, algo han cambiado nuestras opiniones.—Mas vv. se reirán de oír á una pobre mexicana, medio salvaje, hablar de esas cosas.

Donaciano.—[¡Sóplate esa, seo gabacho! No es lerda la mexicanilla].

Printseller.—[Parece que no son estúpidas todas las mexicanas].

Blaguefort.—[Es verdaderamente espiritual]. ¡Oh! Señorita, en todo hay excepciones. Es cierto que en Francia no tenemos la mas alta idea de los mexicanos, pero al ver, al oír á U. me persuado de que puede haber gracia y hermosura, hasta en los países mas incultos.

Lola.—Está U., caballero, en un error, de que muy pronto lo sacarán mis paisanas. Yo no soy ninguna excepcion, y en cualquiera casa mexicana que U. visite, encontrará U. mugeres mas hermosas que yo, y si no tan vivas y gracio-

sas como las parisienses, acaso con otras cualidades que las parisienses les envidiarían, y que contribuyen á la felicidad del hogar doméstico, mas que otras de mayor lucimiento y que deslumbran mas.

Blaguefort.—Yo no puedo creer lo que U. me dice, señorita. Nosotros tenemos periódicos muy ilustrados, revistas escritas por autores eminentes, viages de hombres célebres; por estas obras conocemos la sociedad mexicana. U. no es, no puede ser mas que una excepcion; una adorable excepcion.

Lola.—Insisto en que está U. en un error; y la galantería de U. hacia mi no puede hacerme olvidar lo que su calificación encierra de ofensivo para mis paisanas. U. se convencerá, cuando conozca algo el país, de que esas revistas, esos periódicos, esos viages de que U. me habla, contienen mas embustes que líneas.

Blaguefort.—¡Oh Señorita! es U. muy cruel.

Lola.—Escritas esas obras por personas que han visto el país, como alguno ha dicho, desde el estribo de un coche, y con la ligereza francesa—U. me perdonará esta calificación; es un elogio que vv. se hacen á sí mismos—escritos esos viages, por personas que ni han sido admitidas en nuestra buena sociedad, hablan de lo que no conocen, pintan lo que no han visto, y juzgan de lo que no entienden.

Blaguefort.—Señorita, señorita, creo que U. habla con dureza muy grande.

Lola.—Tal vez sea dura mi calificación, pero dia vendrá en que U. mismo juzgue como yo, ó mas severamente que yo, si es que, como otros muchos, no vé U. nuestras cosas, nuestros hombres, y nuestras costumbres al traves del prisma de preocupaciones adquiridas en esos

mismos libros, y de ideas preconcebidas. No recuerdo en cual de vuestros libros he leído que un viagero inglés, al pasar por Tours, al parar la diligencia en el patio de la posada, pidió, sin apearse del coche, una taza de café. La criada que se la trajo tenía el pelo rojo: tomó el inglés su café: partió de nuevo la diligencia; sacó el viajero su cartera de apuntes de viage, y escribió en ella: "¡En Tours todas las mugeres tienen el pelo rojo!" Así es como casi todos los escritores extranjeros han juzgado á mi pobre México.

Printseller.—[*Muy sério.*] Esa chocarrería es muy francesa; es lo que ellos llaman "*esprit*", "*esprit*" que á mi no me hace reír.

Blaguefort.—No es extraño; los ingleses nunca se rien.

Lola.—[*A Printseller.*] Por desgracia no tan solo los escritores franceses han incurrido en tan crasos errores, al hablar de México. Los reflexivos, los meditabundos y juiciosos ingleses los han cometido no ménos grandes. [*A Donaciano*] Y nuestros hermanos de allende el Atlántico, también, también, Sr. D. Donaciano.

Donaciano.—[Esta chiquilla para todos tiene y lo peor es, que me cae muy en gracia]. Será cierto, señorita, no lo dudo, pero no tanto como los paisanos de estos señores.

Lola.—Es verdad; al fin, somos casi una familia; sin embargo, algo tengo que quejarme de España, pero de nadie, de nadie como de Francia.

Blaguefort.—La galantería nos hace un deber á los hombres de estar siempre de la opinion de las damas. Yo arrio mi pabellon.

Donaciano.—[¡Canta, canta la palinodia, gachol!]

Lola.—No me halaga victoria que solo la galantería me dá; quisiera que mis razones fueran las convincentes, y no mi calidad de dama. Mas, hablando de otras cosas, Veracruz os habrá parecido muy triste ¿no es verdad? No vayais á juzgar á la República por nuestro pobre Veracruz. [*D. Nicolas se levanta y ocupa un asiento cerca de Printseller*].

Blaguefort.—Si no fuera por el vómito prieto. . . . Yo pienso marchar pronto á la Capital, pero tengo un miedo horrible á los ladrones; y dicen que nadie escapa, sin ser robado y asesinado. ¡Oh! ¡eso es horrible!

Nicolas.—Si esto fuera cierto, caballero, no existirían en la República millares de extranjeros, ni hubieran vuelto muchos de ellos ricos á Europa, habiendo venido al país sin mas patrimonio que sus brazos y su industria.—No estan bravo el leon como lo pintan, señores. México no es conocido en el extranjero; mas aun, se le calumnia injusta é ingratamente; digo ingratamente, porque todos los extranjeros que lo habitan ó lo han habitado, han hecho en él su fortuna ó la estan haciendo.—Más es ya tiempo de que diga á Lola la mision de vv., señores.—[*A Lola.*] Estos caballeros son los representantes de los acreedores de tu padre en Europa, y piden ejecutivamente el pago de lo que se les adeuda.

Lola.—[*Con dignidad.*] No dudo, señores, de vuestra caballerosidad y galantería, que tres hombres fuertes, representantes de casas poderosas, tendrán hácia una pobre huérfana, desvalida, las consideraciones que su sexo y debilidad tienen derecho á esperar.—Bienes sobrados hay para pagaros, segun mi buen Nicolas me ha dicho.—Por la conducta observada por mi padre,

acaso demasiado generosa, conoceréis que unos cuantos miles de pesos, mas ó ménos, no nos hacen mucho al caso. Si algo habeis tardado, y tardareis aun, en recibir vuestros fondos, las utilidades que de esta tardanza sacais os compensan con usura la demora. Espero que no seréis demasiado duros con Nicolas, pues con él tendréis que entenderos. Con él las cuentas, conmigo... conmigo podréis contar, como amiga vuestra; mi casa está á vuestra disposicion y tendré mucho gusto en veros en ella. Caballeros, os dejo solos con Nicolas. (*Vase. La acompaña Nicolas.*)

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS LOLA.

Donaciano—(¡Guapa, guapa chical Despues de todo, no hacen tan mal mis paisanos en casarse con mexicanas.)

Printseller—[Yo creo que esta jóven bien vale una inglesa. Yo creo que me gusta. No serémos por ahora demasiado exigentes.]

Blaguefort—[Oh! ¡*Charmante*, encantadora! Ella vale más que mis 62.000 francos! Yo no soy mal mozo, y la galantería, la amabilidad francesa son proverbiales... No séamos muy tiranos.]

Donaciano—[*A Nicolas que ha vuelto de acompañar á Lola.*] Me retiro Sr. D. Nicolas. Ya sabe U. que yo pan, pan, vino, vino; no será difícil que nos arreglemos, pero recomiendo á U. que reflexione que cualquier arreglo que tengamos ha de ser con garantías verdaderas y una compensacion equivalente. Estoy para servir á vv. señores... [*Inclinándose ante Printseller y Blaguefort.*]

Nicolas.—A las órdenes de U., caballero. (*Donaciano sale y Nicolas lo acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, MENOS D. DONACIANO.

Printseller.—(*A Nicolas*) Examine U., Sr. Molina, mis documentos. Volveré; adios. (*Al salir se inclina ante Blaguefort.*)

Nicolas.—Sr. D. Guillermo, servidor de U. (*Lo acompaña.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS PRINTSELLER.

Blaguefort.—Señor de Molina, aunque mi casa tendrá que sufrir perjuicios enormisimos del retardo en el pago de los 62,428 francos 25 céntimos que nos adeuda la testamentaria, U. sabe que el genio francés se distingue por su inmensa facilidad de invencion. Ya ha nacido en mi imaginacion, y bulle en ella, un proyecto que todo lo allana, y en el cual se interesa acaso la felicidad de la encantadora Lola, que es digna de ser parisiense, por su hermosura, talento y amabilidad. Le dejo á U. todos los documentos. No le haré á U. la injuria de pedirle me fije un plazo perentorio para el pago; daré pronto la vuelta, como amigo de la simpática Lola, y, como hombre de negocios, no molestaré á U. mucho. Tengo el honor de ofrecerme á sus órdenes.

Nicolas.—Beso á U. las manos. (*Váse Blaquefort; lo acompaña Nicolas hasta la puerta.*)

ESCENA XV.

NICOLAS, SOLO.

Vamos á acabar de examinar estas cuentas.— ¡Pobre Leandro! ¡á dónde te llevaron tu prodigalidad, tu incuria para arreglar tus negocios y tu imprevisora generosidad para sacrificarte, con tal de que te dejaran en paz! ¡Pobre, pobre Lola!! (*Medita un rato.*) No deja de sorprenderme el lenguaje de estos hombres, poco há tan exigentes y altaneros y al despedirse casi amables. Algo se prepara. ¡¡Pobre, pobre Lola!!



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA I.

DON FACUNDO, SOLO.

Muy ocupado parece que está D. Nicolas. Seguramente algun fundamento tienen los rumores que circulan, y ha llegado el dia en que van á dar su fruto las locuras de mi difunto pariente y la pésima educacion de mi loquilla sobrina.—Si, al ménos, al morir Leandro, ya que tantas locuras habia hecho en vida, hubiérame dejado de albacea, en lugar de este bonachon de Nicolas, que solo sabe complacer á Lola, otro aspecto guardaria hoy su hacienda. Es verdad que Nicolas es hombre honrado á toda prueba, inteligente en negocios, activo; pero á la vez, es tibio en sus prácticas religiosas, tibio en política, y para él no hay más que sus libros, su es-

Nicolas.—Beso á U. las manos. (*Váse Blaquefort; lo acompaña Nicolas hasta la puerta.*)

ESCENA XV.

NICOLAS, SOLO.

Vamos á acabar de examinar estas cuentas.— ¡Pobre Leandro! ¡á dónde te llevaron tu prodigalidad, tu incuria para arreglar tus negocios y tu imprevisora generosidad para sacrificarte, con tal de que te dejaran en paz! ¡Pobre, pobre Lola!! (*Medita un rato.*) No deja de sorprenderme el lenguaje de estos hombres, poco há tan exigentes y altaneros y al despedirse casi amables. Algo se prepara. ¡¡Pobre, pobre Lola!!



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA I.

DON FACUNDO, SOLO.

Muy ocupado parece que está D. Nicolas. Seguramente algun fundamento tienen los rumores que circulan, y ha llegado el dia en que van á dar su fruto las locuras de mi difunto pariente y la pésima educacion de mi loquilla sobrina.—Si, al ménos, al morir Leandro, ya que tantas locuras habia hecho en vida, hubiérame dejado de albacea, en lugar de este bonachon de Nicolas, que solo sabe complacer á Lola, otro aspecto guardaria hoy su hacienda. Es verdad que Nicolas es hombre honrado á toda prueba, inteligente en negocios, activo; pero á la vez, es tibio en sus prácticas religiosas, tibio en política, y para él no hay más que sus libros, su es-

critorio y su Lola. ¿Qué lo tendrá tan ocupado? algo de importancia sin duda; no suele hacerme esperar tanto.

ESCENA II.

BON FACUNDO, NICOLAS, que entra por la puerta que dá á su gabinete, con un gran rollo de papeles en la mano.

Nicolas.—Buenos dias, Sr. D. Facundo. Disculpe U. mi tardanza, pero estaba muy ocupado revisando unas cuentas que me tienen hace dias tomado todo mi tiempo, y U. sabe lo que es eso de revisar cuentas.

Facundo.—Demasiado que lo sé. Bien le hubiera valido á Leandro ocuparse mas de ellas; no tendria U. hoy esa cara tan pensativa, para lo cual le sobra razon, á ser cierto lo que por la calle se dice.

Nicolas.—¿Pues qué se dice que deba tenerme pensativo?

Facundo.—Nada en verdad, ó casi nada. Supongo que serán habladurias del público. Yo solo lo mencionaba por interes hácia mi sobrina, porque curiosidad, por cierto, no la tengo. Soy poco curioso y no gusto ocuparme de negocios ajenos.

Nicolas.—[Con cierta risa burlona.] Se conoce, se conoce, Sr. D. Facundo.—El interes de U. hácia su sobrina es muy natural, y hasta cierto punto, obligacion mia es imponer á U. de lo que pasa; deseo que se conozcan por todos mi conducta y mi manejo.

Facundo.—¡Oh! nadie desconfia de U; todos hacen elogios.....

Nicolas.—De que hago poco aprecio, lo mismo que de los vituperios. Esté mi conciencia tranquila, que lo esté Lola, y lo demas poco me inquieta.

Facundo.—La reputacion de U. está muy bien sentada y.....

Nicolas.—Hablarémos de los negocios de Lola. Los rumores á que U. alude tienen fundamento. Han llegado de Europa tres apoderados de los principales acreedores de Leandro, y piden con exigencia el pago de sus créditos. Es verdad que últimamente han frecuentado con bastante intimidad la casa y visitado con asiduidad á Lola.....

Facundo.—Como que ya tambien sobre eso se murmura en el público. Se dice que Lola coquetea con ellos, que los tres están prendados de ella, que... en fin, otras muchas cosas. Todo esto, unido á los amores de Pepe, de que tanto se ha hablado, perjudica. Ni puede ser de otra manera: la libertad de que Lola disfruta, sus ideas de falsa ilustracion, su tibieza en su religion.....

Nicolas.—Lola, D. Facundo, es toda una señora. Nada tiene de particular, en el dia, que una jóven reciba personas de educacion en su casa, y ménos cuando estas personas tienen negocios de importancia con la testamentaria de su padre. En cuanto á sus amores con Pepe, no puedo negar que la conducta de su primo ha sido algo desarreglada, pero es un excelente jóven, de muy buen fondo, de buena educacion, de buenas maneras y que la ama con pasion...

Facundo.—[Interrumpiéndolo.] ¡Un liberal, sin religion, lleno de todas esas ideas del dia, que son la perdicion de la juventud! Lola debia casarse pronto con algun hombre maduro, de-

buenas costumbres, de buena moral, católico rancio; esos son los que hacen la felicidad de la vida de familia.

ESCENA III.

LOS MISMOS, LOLA, que al entrar de su aposento ha oído las últimas palabras de D. Facundo.

Lola.—Buenos días tío. ¿Quiénes son los que hacen la felicidad de la vida? Eso va en gustos; el que ha de hacer la mía, ya me lo sé. Ha de ser jóven, buen mozo, ilustrado, valiente y sobre todo, buen mexicano.

Facundo.—Ta, ta, ta, ¿ya empezamos, loquita?

Nicolas.—Ya dejo á U. acompañado Sr. D. Facundo, permítame U. que me retire; tengo que ver al Sr. D. Antonio Rubio y U. sabe que no le gusta esperar.

Facundo.—Vaya U., D. Nicolas.... ¿qué hace ese viejo gruñón? ¿Todavía está enojado con su sobrino? Trabajos le mando al perillan para reconciliarse con él..... aunque son de la misma escuela en política.....

Nicolas.—[Sacando el reloj.] Perdóneme U. que lo interrumpa, pero se me hace tarde. Hasta mas ver.

Facundo.—Adios, adios. [Sale Nicolas.]

ESCENA IV.

DON FACUNDO, LOLA.

Facundo.—Vamos, sobrina, á hablar seriamente. [Se sientan] Ha llegado hace dias á este

puerto una persona muy respetable, que me trae cartas de recomendacion de Cádiz, y á quien conoces ya, segun entiendo: el Sr. D. Donaciano Leon de Castilla.

Lola.—En efecto, lo conozco; parece un excelente sujeto.

Facundo.—Habrás podido advertir en su trato que es él muy campechano, castellano viejo, buen católico.....

Lola.—Si, me ha gustado su trato. El es algo gordo, no muy elegante, no está vestido á la última moda, habla mas de negocios que....

Facundo.—[Con enfado] Vamos niña ¡te he dicho que deseo hablemos con seriedad!

Lola.—Por Dios, tío, ¿por qué se incomoda U.? ¿tanto quiere U. ya á D. Donaciano, que no puedo decir que no está vestido á la dernière?

Facundo.—Mejor, mejor, por eso me gusta; y has de saber que está prendado de tí, que es un excelente partido y que si sabes manejarle con cordura, reprimir ese tu genio, guardar cierta reserva.....

Lola.—[Riendose á carcajadas] ¡Ja! ¡ja! ¡Ja! tío, y que Mercurio tan gracioso hace U! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Facundo.—[Enfadado.] ¡Cómo! ¿te ries?

Lola.—¿Pues no me he de reir? ¡Ay tío, por amor de Dios..... ¡ja! ¡ja!

Facundo.—[Muy enfadado] Pues si tú estás por reirme, yo no estoy para risas, y si tan poco aprecio haces de mis consejos..... [Tomando su sombrero].

Lola.—¡Oh! ¡tío! [Con cariño] No es para que U. se enfade.

Facundo.—Adios, señ rita, dia vendrá en que no esté U. tan risueña. [Vase muy enfadado].

ESCENA V.

LOLA, SOLA. DESPUES PEPE.

Lola.—[*Riéndose*] ¡Ah! ¡qué ocurrencias de mi tío!

Pepe.—[*Entra de prisa, conmovido.*] Lola, ¿estás sola?

Lola.—¿Tú por aquí, Pepe? ¿qué tienes, qué te ha sucedido? ¿alguna desgracia?

Pepe.—¿Estás sola?

Lola.—Enteramente sola; Niccolas acaba de salir.

Pepe.—Te vengo á decir adios.

Lola.—¿Adios?

Pepe.—Por algun tiempo al ménos. Tengo que dejar á Veracruz.

Lola.—¿Pues qué ha habido? Cuéntame pronto; me tienes en una inquietud mortal.

Pepe.—Pronto te lo diré. Sabes que te habia ofrecido enmendarme, para corresponder al cariño que me tienes y que acaso no merezco. Mas de un mes hace que no ando en zambras y que mi vida es ejemplar. Ayer vinieron varios amigos á convidarme para un día de campo. Conociéndome y sabiendo que habria juego, vino &c., me resisti. Insistieron; me mantuve firme. Se burlaron de mí; me dijeron que estaba en tutela, que lo que queria era contentar á mi tío, con mi hipocresia, y como me tiene tan enojado el tío, no tuve fuerza para resistirme como hubiera debido.

Lola.—¿Qué mal hiciste en ir!

Pepe.—Sí, Lola, pues fui y sucedió lo que debía suceder. Comimos, bebimos algunas copas, nos alegramos. Tras de las copas el juego.

Lola.—¿Y jugaste y perdiste?. [*En tono de reconvencion*].

Pepe.—Al principio me abstuve de hacerlo; pero llegó Pancho Lezama, que siempre me ha ganado, el que me ha puesto en mal con el tío, y comenzó á jugar y á ganar como de costumbre. Tú no sabes, Lola, lo que es ver ganar y ganar con una suerte insolente á un hombre que se odia. Aposté en su contra y comencé á perder, y para no cansarte, en unos cuantos minutos perdí doscientas onzas!

Lola.—Así debía ser. [*Con tristeza*] ¿Y tus promesas, Pepe?

Pepe.—Muy mal he hecho, Lola; sé cuanto tienes que decirme, sé cuanto te ofendo, pero tengo que concluir.....

Lola.—¿Qué! ¿aun hay mas?

Pepe.—Sí, por desgracia! Concluido el monte, siguieron las copas y siguió la broma. Lezama, que generalmente es buen bebedor, bebió mas de lo que acostumbra. Dirigióme algunas pullas y yo, que no estaba para burlas, le contesté con dureza. Poco despues nos batimos en el jardin de la casa, y lo dejé muy mal herido. Hoy sigue peor. La ocurrencia ha llegado á oídos de la autoridad y tengo que salir de Veracruz. Esto he hecho. ¿Me perdonas Lola?

Lola.—Te perdono, y mañana.....

Pepe.—No te haré nuevos ofrecimientos de enmienda; tendrias razon para no creerme, pero obras son amores y á mis obras me remito, Lola. ¿Me perdonas? Dime, dime que sí, para poderme ir sin el peso inmenso de dejarte enojada conmigo.

Lola.—Bien sabes, Pepe, que no puedo negarte nada. ¿Qué va ahora á decir tu tío?

Tan incómodo ya contigo, y con esta nueva locura.....

Pepe.—Nada me importa mi tío. A ti, á ti solo quiero satisfacer. Antes de irme, y para no esponerlo al camino, te traigo este bultito: [*Sacándolo de la bolsa.*] hazme favor de guardarlo. Son tus cartas y tu retrato. Es un depósito que pronto reclamaré. ¿Ofreces entregármelo intacto?

Lola.—Si vuelves pronto, sí; de lo contrario.....

Pepe.—Lo mas pronto posible. ¿No ves que aqui queda mi vida? No te pregunto, Lola, si me seguirá tu alma: amores como los nuestros no tienen dudas. Me parece que seria tan imposible para ti vivir sin mi amor, como lo es para mi imaginar siquiera que pudiera yo existir sin el tuyo. Me escribirás con frecuencia, ¿no es así?

Lola.—No debiera escribirte, para que volvieras mas pronto.

Pepe.—[Eres un ángel! y yo.....no te merezco ¡Adios! ¡Adios Lola! Queda contigo mi alma toda. Sin ti no habria para mi, ni felicidad, ni creencias, ni esperanzas. Mas me voy á enternecer.....Adios, no tengo tiempo que perder y temo que alguien llegue.]

Lola.—Adios, vuelve pronto. [*Se abrazan. Pepe se dirige á la puerta.*] Mira, Pepe; [*Quitándose los cintillos y un hilo de perlas.*] no has de estar muy abundante de dinero y esto de nada me sirve; ¡toma!

Pepe.—[*Interrumpiéndola al quitarse el collar.*] Nó, Lola, nó, jamás! [*Abruzándola con pasion!*] ¡Eres un ángel! ¡el único consuelo de mi vida! ¡Adios! [*Váse.*]

ESCENA VI.

LOLA.

¿Cuándo volverá? ¿Por qué no será juicioso, como es noble, amante y generoso....? Acaso lo querria yo menos. Pero, bien pensado, no tiene él la culpa. Habia ya hecho propósito de enmienda y lo habia cumplido. Un mes entero su vida fué la de un amoretta. Por no exponerme á regaños, ni á casa venia y se contentaba con verme en la calle, en el paseo. Bien dicen, las malas compañías... [*Se sienta.*] A no ser por esos locos que lo arrastraron..... ¿Qué va á decir ahora mi tío? Sobrada justicia tendrá para incomórsel (*Que la un rato con la cabeza apoyada en las manos, absorba en sus reflexiones.*)

ESCENA VII.

LOLA, DON ANTONIO Y NICOLAS, que entran juntos.

Antonio.—¿Por qué tan pensativa sobrina? No te aflijas; todo se arreglará.

Lola.—¿De verás, tío? ¿No está U. muy enojado con él?

Antonio.—¿Enojado! ¿De qué hablas muchacha? Yo hablaba de tus negocios.

Lola.—[*Con tristeza.*] ¡Ay! y ¿qué me importan á mi los negocios? De otra cosa creia que hablaba U.

Nicolas.—[Será bueno dejarlos solos.] Voy á mi escritorio, Sr. D. Antonio: queda U. en buena compañía.

Antonio.—Vé, Nicolas, vé. [*Váse Nicolas.*]

ESCENA VIII.

LOLA, DON ANTONIO.

Antonio.—He estado hablando muy largamente con Nicolás. Los negocios están complicados y necesitan una solución pronta; de esto te venia á hablar.

Lola.—Tío, por Dios ¿qué entiendo yo de negocios? Arréglenlos U. y Nicolas, como gusten; poco me importa el dinero. Hablarémos de Pepe....

Antonio.—Ni una palabra mas. Ese bribon no es digno de que pienses en él.

Lola.—[*Tomándole la mano.*] Pero, tío, si lo quiere á U. tanto.

Antonio.—Nada, nada. ¡No sabrás sin duda su última calaverada! ¿Nó sabes que, despues de sus ofrecimientos, de que tanto alarde has hecho, ayer, en una sola tarde, ha bebido, jugando, se ha desafiado, ha medio matado á un hombre; en fin, ha cometido mas escándalos que los que acostumbraba hacer en un mes? ¡Y todavía vienes á hablarme de tu Pepe, despues de tanta locura, por no calificar su conducta mas severamente!

Lola.—Será la última, tío.

Antonio.—Es incorregible, es un perverso.

Lola.—[*Con zalamería.*] Pero tío, ¡me quiero tanto!

Antonio.—Es incapaz de querer á nadie.

Lola.—[*Con firmeza.*] Eso no, tío. [*Con ternura y espacio*] y lo quiero yo tanto!

Antonio.—Luego tú tambien eres incorregible, no tienes enmienda; mientras peor se conduce mas lo quieres. Si al ménos hubiera esperanza de que se enmendara....

Lola.—[*Con convicción.*] Se enmendará, tío; esta será su última calaverada.

Antonio.—¡Con qué seriedad lo dices! ¡Ojalá pudiera yo creerlo!

Lola.—¿Le perdona U., mi buen tío? Se ha ido de Veracruz y no volverá, mientras U. no le perdona.

Antonio.—[*Levantándose.*] ¡Cómo! ¿qué dices! ¿se ha ido sin decirme adios? ¿A dónde? ¿por qué?

Lola.—Por ese malhadado desafío. La autoridad anda en su busca.....

Antonio.—¡Y se ha ido, por supuesto, sin dinero, sin cartas de recomendación.....! ¡ahl calavera! ¡calavera!

Lola.—Ya ve U., tío, como lo quiere.

Antonio.—No, señorita, no lo quiero, lo detesto. ¿Y el otro pillastre de Lezama?

Lola.—Muy mal herido y se halla hoy en estado muy grave.

Antonio.—Mire U. lo que es tener sobrinos. Abra mismo voy á ver como sigue Lezama, y si este maldito negocio puede arreglarse.

Lola.—Antes de irse, querido tío, ¿no me ofree U. perdonar á Pepe?

Antonio.—[*Toman to su sombrero.*] No, señorita, nunca. ¡Irse sin decirme adios! ¡sin dinero! ¡sin cartas de recomendación! ¡ahl bribon! ¡bribon! [*Váse*]

ESCENA IX.

LOLA SOLA, DESPUES NICOLAS.

Lola. — ¡Qué bueno es mi tío! ¡y cuanto quiere á Pepe! Si este hiciera el menor esfuerzo, cuán pronto le perdonaría! Pero ahora, si me lo dice el corazón, esta será la última locura. De hoy en adelante, vida nueva.

Nicolas. — [Saliento.] ¡Ya se faé el Sr. D. Antonio? — Y bién, Lola, ¿qué tal? ¿ablandaste á tu tío?

Lola. — El dice que está furioso, pero en todo se le conoce que Pepe es lo que mas quiere en este mundo.

Nicolas. — Despues de ti. — ¿Mas lo ablandas te?

Lola. — Creo que no necesita que le rueguen mucho: aparenta enojo y en verdad que no le falta razon; pero solo en el mundo, sin hijos, viendo á Pepe como tal, puesto que le deba su educacion y ha sido criado por él, no puede vivir sin su sobrino. Creo que lo ablandaré, como tú li- ces. — Voy á dejarte, Nicolas. Ahora tengo mucho que escribir. Hasta luego. [Vase.]

ESCENA X.

NICOLAS, SOLO.

Nicolas. — ¡Dichosa juventud! Yo aquí, cavilando, desvelándome con cuentas, libras, francos, pesos; buscando combinaciones para satisfacer al terno que me ha caído encima! ¿Lola,

ni siquiera se acuerda de que su fortuna, su porvenir, dependen del arreglo que tenga yo con sus acreedores! Para ella, sus amores ántes que todo. Para ella, solo Pepe hay en este mundo. [Pausa]. ¿Pór dónde me saldrán el ingles, el frances y el español? D. Antonio algo me ha alentado; es hombre de gran fortuna, de mucha experiencia y de buen consejo. [Pausa]. Ellos con frecuencia visitan á Lola y creo que no les disgusta la chiquilla. ¡Con razon! ¿Quién no se enamoraria de ella? A mí que soy un viejo y que la he visto nacer me tiene hechizado! Yo he estado tan embebido en este negocio, que ni siquiera he tenido tiempo de hablar con ella, sobre las visitas de estos señores. Para ella serán las mieles, la amabilidad, los cumplidos. Para mi las cuentas, los reclamos, las indemnizaciones. . . . No me quejo. Por tal de evitarle un disgusto en la vida, sufriré con resignacion, todo lo que Dios quiera mandarme.

ESCENA XI.

NICOLAS, BLAGUEFORT.

Blaguefort. — Yo tengo el honor de saludar á U. señor.

Nicolas. — Buenos dias, Mr. Blaguefort; pase U. tome U. asiento.

Blaguefort. — [Sentándose.] Si U. me diera la permission, yo tengo que entretener á U. largamente y yo me atrevo á pedir á U. que fuese los dos solos.

Nicolas. — Probablemente nadie vendrá á interrumpirnos, pero para estar mas seguros. . . . (Toca una campanilla y aparece un criado á quien

dá algunas órdenes en voz baja.] Nadie nos interrumpirá, Mr. Blaguefort, puede U. hablar con confianza. [Se sienta.]

Blaguefort.—Sr. de Molina, considerando los señores de Castilla y Printseller que los intereses que representamos son de la misma naturaleza, hemos acordado, para evitar á U. largas discusiones con cada una de las partes, que uno solo se entendiera con U, para el arreglo del pago de los créditos que representamos contra la testamentaria del Sr. Rubio..... Consecuentemente, yo he tenido el honor de merecer la confianza de mis coacreedores, y vengo á tener el placer de entenderme con U., Sr. de Molina.

Nicolas.—(Hubiera preferido al español, ó aunque fuera al inglés; pero paciencia.) Perfectamente, caballero, escucho á U.

Blaguefort.—Entraré en materia. Dando por supuesto—porque sobre esto mis poderdantes y yo no toleramos discusion—que nuestras cuentas serán admitidas, sin objecion de ninguna clase; dando esto por supuesto, la testamentaria nos adeuda 400 mil pesos escasos; es decir, cerca de 2 millones de francos.

Nicolas.—(¡Echa millones! ¡hasta en sus monedas son exagerados estos franceses!). Dá U. por supuesto, Sr. Blaguefort, con mucha facilidad.....

Blaguefort.—¡Oh! no admito réplicas. Decimos, pues, dos millones.

Nicolas.—De francos, de francos, Mr. Blaguefort.

Blaguefort.—Bien entendido.

Nicolas.—Es que en el calor de la discusion pudiera olvidársele á U. ¡Como son vv. tan.... volcánicos, tan..... entusiastas!.....

Blaguefort.—Decimos, pues, dos millones.

Los bienes de la Señorita, segun los informes que hemos adquirido, alcanzan á pagar.....

Nicolas.—Poco á poco, caballero: la testamentaria cuenta, en bienes raices, con mas de dos millones de pesos, pesos duros ¿entiende U.? no de francos.....

Blaguefort.—¡Oh! eso va en apreciaciones. Los bienes son pésimamente administrados; las culturas de las haciendas no están llevadas segun los últimos adelantamientos de la ciencia agricola; la fabricacion de la azúcar es hecha por procedimientos anticuados.....

Nicolas.—¿Qué importa, si se cultiva mucha caña y se cosecha mucha azúcar?.

Blaguefort.—Yo continúo. Y me tomo la permission de hacer observar al Sr. de Molina, que las interrupciones me hacen perder el hilo de mi argumentacion.

Nicolas.—Pues, señor, será preciso que U. se resigne á buscar el hilo perdido; á ménos que encuentre U. el modo de que un acreedor y un deudor se entiendan, hablando solo el acreedor.

Blaguefort.—Yo continúo. De un otro lado—y esta es. llamo la atencion de U., una razon convincente.—U. me perdonará, si encuentra un poco fuerte lo que voy á decir, pero las circunstancias exigen hablar con claridad—por desgracia es opinion muy recibida en Europa, que todos los mexicanos son.....son la.....ladrones: soltemos la verdadera palabra.

Nicolas.—[Con fuego.] U. me insulta Mr. Blaguefort; y no quiere U. que se le interrumpa! [Conteniéndose.] Cobre U., que este es hoy su papel; pero no me insulte, porque no lo toleraré

Blaguefort.—Oh! no se exalte U. Lea U.

todos los periódicos de Europa, los de Francia sobre todo y verá U. que estoy en lo cierto.

Nicolas.—Repito á U. que cobre, que diga sus condiciones y verá si son admisibles.

Blaguefort.—Yo continúo, pues. Siendo las haciendas mal cultivadas, sus producciones mal elaboradas y lo que es peor, los intereses en malas manos.....

Nicolas.—[*Interrumpiéndolo.*] ¡Vuelta!....

Blaguefort.—Yo continúo. Nosotros exigimos que desde luego se nos entreguen.....

Nicolas.—[*Con sarcasmo.*] ¡Para que estén en manos puras!

Blaguefort.—Que se nos entreguen desde luego todas las fincas.....

Nicolas.—¿Cómo! ¿mas de dos millones de pesos por 300 y tantos mil?

Blaguefort.—Por dos millones de francos, Mr. Molina. Las propiedades en nuestro poder entrarían en una administración sabia, honrada, ilustrada, arreglada á las últimas descubiertas de la ciencia agrícola y de la ciencia económica. Nosotros haríamos una pensión honrosa á Mlle. Lola, á quien nombraríamos un tutor á la satisfacción de nosotros, y podemos asegurar á U. sin jaectancia, que las propiedades nos deberian su futuro engrandecimiento y Mlle. Lola una felicidad completa. Estas proposiciones, nacidas todas de la gran estimacion y del gran cariño que profesamos, con la mayor buena fé y las intenciones mas sanas, á la señorita Lola, son tan justas, tan equitativas, tan fundadas en el mas estricto derecho y en la conveniencia mútua, que no dudamos, ni por un solo instante, que ellas serán admitidas con júbilo por U., Mr. Molina, y por la interesante Mlle. Lola.

Nicolas.—No he interrumpido á U. Mr.

Blaguefort, ya que no gusta de interrupciones y he dejado á U. hablar á sus anchas, hasta devanar todo el hilo de su argumentacion. Yo seré tan lacónico, como U. ha sido largo. No admito.

Blaguefort.—¿Cómo, señor! ¿U. no admite propuestas que deberian ser recibidas con los brazos abiertos?

Nicolas.—Yo las recibo con los puños cerrados, y por segunda vez digo que no admito.

Blaguefort.—Considere U. que representamos casas poderosas, muy relacionadas, con abundantes recursos; que Lola es huérfana, sin apovo.....

Nicolas.—No admito.

Blaguefort.—Que lo que U. no admite de buen grado, lo haremos admitir por la fuerza, valiéndonos de todos los medios que nues ra situacion nos proporciona, y sobre todo, señor de Molina, el que debe paga.

Nicolas.—Dispuesto estoy á pagar, á admitir toda propuesta racional; pero no las condiciones que, validas de la supuesta debilidad de Lola, me quieren UU. imponer.

Blaguefort.—¿Esa es su última palabra, señor?

Nicolas.—Si señor. Las condiciones leoninas de U. no las admito.

Blaguefort.—[*Levantándose.*] U. se arrepentirá muy pronto; muy pronto se arrepentirá U. U. conocerá todo nuestro poder. Tengo el honor de ser su servidor.

Nicolas.—Beso á U. la mano. (*Víase Blaguefort.*)

ESCENA XII.

NICOLAS, SOLO.

¡Háse visto insolencia igual! Porque son representantes de casas poderosas, porque Lola es débil y huérfana, porque tiene abundantes recursos y grandes influencias, ¿hé de admitir las onerosas condiciones que se me imponen, he de consentir en la ruina de Lola? No ¡vive Dios! Dispuesto estoy á hacer sacrificios, pero no los que se me exigen. *(Abrazando la voz y en á ismodo.)* Si quieren pleitear, ir á los tribunales, irémos pelearémos.

ESCENA XIII.

NICOLAS, LOLA.

Lola. — ¿Qué tienes Nicolas? ¿quién te ha hecho incomodar, á ti, tan pacífico, que nunca te exaltas, que eres tan prudente.

Nicolas. — ¿Quién habia de ser? Ese badulaque de Blaguefort, que ha venido á proponerme...

Lola. — No te incomodes, cálmate; no quiero verte así.

Nicolas. — ¡Se le acabara á un santo la paciencia! Figúrate que para trescientos y tantos mil pesos que debes á esos señores, me exige este gabacho que le entregue todas tus fincas, que quite todos los administradores mexicanos, porque dizque todos somos ladrones, y por último,

y esto acabó de llenarme la medida, dice que te pondrán un tutor á su satisfaccion.....

Lola. — ¡Tutor á mil y con qué derecho?— Que cobren lo que se les debe, muy justo, pero ponerme tutor á mí..... ¡Váya una pretension!

Nicolas. — Y además pretenden que recibamos tan insolentes propuestas como un favor, como un verdadero favor!

Lola. — No te incomodes, Nicolas; contéstales con dignidad. No te hubieras parado en sacrificios y algunos miles de pesos, para quitarles á esos señores todo pretexto de vituperar la memoria de mi padre; pero no se contentan con eso: pretenden imponer condiciones que llevan en sí el insulto, que ofenden nuestra dignidad, ¿quieren pleito? que haya pleito. Hasta ahora, he gastado en modas, en fruslerias, en cosas que no debia..... no gastaré: todo cuanto mis haciendas producen, mis alhajas todas, toda mi fortuna, ahí lo tienes, Nicolas, dispon de todo. Gasta hasta el último centavo; que me quede yo arruinada y en la miseria, pero no pases jamás, por las pretensiones de esos insolentes extranjeros.

Nicolas. — *(Abrazando á Lola.)* Así me gustas, Lola: primero te quiero ver arruinada, que bajo la tutoría del español, del inglés ó del francés.



charlatanería y podremos dejarlo solo cuando nos convenga.

Donaciano.—Pues yo si la tengo formada: estamos haciendo un papel que me repugna y desde anoche me está remordiendo.

Printseller.—¡Oh! U. no tiene sangre fría.

Donaciano.—En efecto, no la tengo: tomo pronto mis resoluciones, y por mi parte estoy decidido á no seguir el camino que hemos adoptado.

Printseller.—¡Oh! Mr. Castilla, nosotros venimos á cobrar.

Donaciano.—Es verdad, pero no venimos á arruinar á Lola.

Printseller.—¡Oh! nó, efectivamente, nada de eso. Verémos lo que hoy nos diga Blaguefort de su entrevista con D. Nicolas.

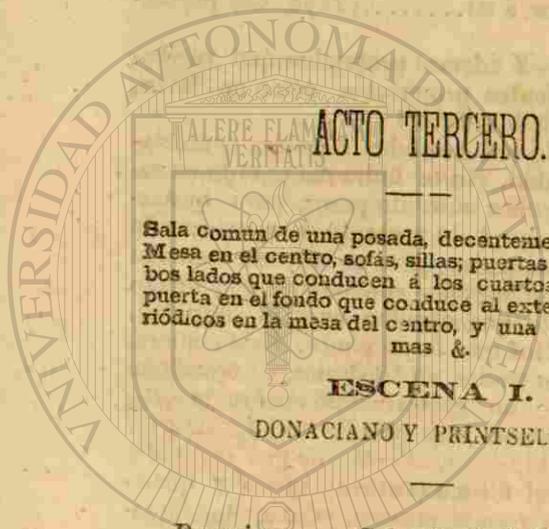
Donaciano.—(Sacando el reloj.) Ya tarda, pues ha dado la hora de su cita. . . . pero creo que ahí viene.

ESCENA II.

LOS MISMOS, BLAGUEFORT.

Blaguefort.—(Entrando.) Yo temo haber hecho esperar á UU. señores. Yo pido á UU. mil perdones. Estuve ayer con D. Nicolas largo tiempo, y tengo el sentimiento de manifestar á UU. que ese estúpido no admitió nuestras generosas proposiciones, y creo ¡por Dios! que hasta se me ha hecho el insolente. Si, él estaba muy enojado y temo que me ponga en mal con Lola.

Printseller.—No comprendo esa insolencia,



Sala común de una posada, decentemente amueblada. Mesa en el centro, sofás, sillas; puertas laterales á ambos lados que conducen á los cuartos de la posada; puerta en el fondo que conduce al exterior; varios periódicos en la mesa del centro, y una escribanía, plumas &c.

ESCENA I.

DONACIANO Y PRINTSELLER.

Donaciano.—¿Sabe U., D. Guillermo, que este negocio me tiene disgustado? Solo por deferencia hácia U. y en vista del importe de su crédito, pude yo consentir en unirme con ese frances; y en verdad lo siento.

Printseller.—¿Porqué Mr. Castilla?

Donaciano.—Porque veo que hemos errado el camino. La petulancia y pretensiones de Blaguefort aumentaron con la representación que le dimos, y es seguro que, á fuerza de querer darse importancia y sacar ventajas, nos enredará en pleitos, que no apetezco.

Printseller.—Yo no he formado aun mi opinion, pero creo que sacaremos provecho de su

no pediamos tanto; y en fin, pediamos para que se nos ofreciera.

Donaciano.—En efecto poca cosa, la ruina de la muchacha.

Blaguefort.—Eso es no comprender sus intereses y la generosidad de nuestras intenciones. ¡Qué estupidez! ¡Esto es inaudito!

Printseller.—Ya que estamos solos, no hable U. tanto de nuestra generosidad; eso está bueno para D. Nicolas. Yo lo que deseo es que se me pague: reciba yo mis libras esterlinas....

Donaciano.—Lo mismo digo yo: reciba yo mis duros.....

Blaguefort.—Con la facilidad que tienen los mexicanos para prometer, él me hablaba de que haria toda clase de sacrificios, de que estaba dispuesto á hacernos compensaciones, pero yo, que los conozco, no quise dejarme atrapar.

Donaciano.—¿Por qué no escuchó U. sus propuestas? Si ellas eran racionales no podiamos negarnos á admitirlas.

Printseller.—Si se nos garantizara el pago á nuestra satisfaccion yo las admitiria.

Blaguefort.—¿Cómo, señores! ¿y nuestra dignidad? Despues de la repulsa insolente de ese viejo imbécil, nosotros no podemos dejar impune tan grande insolencia; nuestro honor está interesado en ello y el honor de Napoleon Blaguefort!.....

Donaciano.—(Con impaciencia.) ¡Qué honor ni qué calabazas! Aquí no se trata de honor, Mr. Blaguefort, aquí se trata de pesetas. Somos acreedores y no somos ningunos paladines; que se nos pague, ó al menos que se nos asegure el pago

Printseller.—Yo quiero mis libras esterlinas.

Blaguefort.—¡Oh! bien decia yo á la señorita

Lola el otro dia: el pueblo ingles es esencialmente mercantil; en cuanto al español.....

Donaciano.—¿Y qué tiene U. que decir del español? Los españoles, señor frances, no acostumbramos pelear por dinero; cuando no lo tenemos, sabemos ganarlo con nuestro trabajo.—Me parece que levanta U. demasiado la voz en una cuestion que, despues de todo, no es mas que un concurso de acreedores; y ya U. sabe que, en los concursos, el monto de las representaciones es lo que vale. Mr. Printseller, que es aquí el que ménos habla, representa en este negocio la suma de mayor importancia; sigo yo despues, y U., que habla mucho mas que los dos juntos, representa apenas doce mil pesos, procedentes de perfumeria y otras baratijas. Que cada uno hable aquí, pues, segun el monto de su crédito, y no pretenda U. imponernos su voluntad.

Blaguefort.—(Alzando la voz.) Yo he obrado en esta vez, señores, como representante de vv; vv. tienen que apoyar mi conducta, que obrar segun yo lo he determinado y de lo contrario...

Donaciano.—(Con violencia, encarándose con Blaguefort.) De lo contrario, de lo contrario ¿qué sucederá?

ESCENA III.
LOS MISMOS, D. ANTONIO.

Antonio.—(En la puerta, antes de ser visto por Blaguefort y Printseller.) [Parece que la triple alianza no está de lo mas acorde.]

Printseller.—(Con calma, acercándose á Blaguefort.) ¿Qué sucederá, Mr. Blaguefort?

Antonio.—(Adelantándose.) Caballeros saludado á vv.

Donaciano.—Caballero. (Inclinándose ante D. Antonio.)

Printseller.—Señor. [Id.]

Blaguefort.—Señor. [Id.]

Antonio.—Celebro encontrar á vv. reunidos. Sino me engaño, vv. son los señores D. Napoleon Blaguefort, D. Donaciano Leon de Castilla, y Don Guillermo Printseller.

Donaciano.—Servidores de U. (Todos se inclinan.)

Antonio.—Antonio Rubio, para servir á vv. UU. no me conocen á mí, pero yo, aunque no personalmente, conocía ya á vv. Soy señores, y esto explicará mi venida, tío de Doña Dolores Rubio, y me intereso sobremanera en el bienestar de mi sobrina.

Donaciano.—Estamos á la disposición de U. Sr. D. Antonio. (Le ofrece asiento, y se sientan.)

Antonio.—Segun me ha informado D. Nicolas Molina, albacea de mi hermano D. Leandro, vv. son apoderados de diferentes acreedores de Inglaterra, de Francia y España, á la testamentaria.

Donaciano.—En efecto, es así.

Antonio.—El mismo Molina me ha dicho que ayer el Sr. Blaguefort le ha hecho á nombre de vv. unas propuestas que me permitirán vv. califique de inadmisibles.

Blaguefort.—¡Oh! ellas son muy racionales, muy ventajosas y si no se admiten.....

Antonio.—Suplico á U. me deje continuar. Esto no quiere decir que la testamentaria no esté dispuesta á hacer toda clase de esfuerzos, y aun sacrificios, para cumplir sus compromisos.

Blaguefort.—(Con violencia.) ¡Oh, señor, se

nos han hecho tantas veces promesas iguales y siempre hemos sido engañados.....

Antonio.—(Con calma.) Es una expresion algo fuerte; pero, si no me equivoco, U. es frances y tiene el genio volcánico de su nacion. Volviendo al asunto: repito que el Sr. Molina está en la mejor disposicion para entrar con vv. en arreglos.

Donaciano.—Estamos dispuestos á escuchar las propuestas que U. nos haga.

Printseller.—Si ellas son ventajosas.

Blaguefort.—¡Oh! es seguro que se nos ofrecerán montes de oro; los mexicanos siempre ofrecen, pero al cumplir.....

Antonio.—Caballero, tambien á los mexicanos se nos acaba la paciencia y confieso á U. que se me va acabando la mia.

Printseller.—Yo represento contra la testamentaria 42 mil libras: ¿qué me ofrece U? ¿qué garantías me da?

Antonio.—Conozco el monto de los créditos de vv. y su respectiva importancia; y, si no me engaño, el de Mr. Blaguefort es una friolera....

Blaguefort.—¡Oh! ¡frioleral! ¡frioleral!.....

Antonio.—(Continuando.) Por lo mismo, contando con la aquiescencia de los créditos mas fuertes, pongo en manos de vv. las propuestas que hago, á nombre de la testamentaria; en la inteligencia que la garantía que ofrezco en este pliego, (Lo entrega á Donaciano.) de todos mis bienes, que son de mayor cuantía aun que los de mi sobrina, estoy dispuesto á darla en la forma que vv. me exijan.

(Donaciano toma el pliego y lo examina con detencion.)

Blaguefort.—Las garantías deberán ser á mi entera satisfaccion, se lo advierto á U.

señor, mi crédito es de toda preferencia.

Antonio.—Déjeme U. oír primero á estos señores, y despues nos entenderémos.

Donaciano.—(*Que ha leído el pliego.*) Por mi parte quedan admitidas estas propuestas y es negocio arreglado. (*Sr levanta, firma el pliego y lo pasa á Printseller junto del cual se queda.*)

Printseller.—(*Saca el lente, examina el pliego y despues de un rato de reflexion se levanta lo firma y lo pasa á Antonio.*) Admito por mis 42 mil libras esterlinas.

Blaguefort.—(*Al recibir el pliego de Antonio se levanta y lo examina en un extremo de la escena.*) [Admite el ingles, admite el español. No puedo hallar un pretexto para no aceptar.] (*Sigue leyendo el pliego con suma lentitud.*)

Antonio.—(*Acercándose con calma.*) ¿Ha concluido U. Mr. Blaguefort.?

Blaguefort.—Estas cosas demandan sumo detenimiento, mucha reflexion; U. tendrá la bondad de esperarse. (*Fingiéndolo leer.*) ¡Hallara yo un pretexto!

Antonio.—(*A Printseller y Donaciano.*) Señores, cuando vv. gusten, pueden pasar á mi casa, que ofrezco á su disposicion; allí extenderémos los documentos que á vv. les parezca, ó vendré yo á la de vv. á la hora que se sirvan fijarme. (*A Blaguefort con alguna impaciencia.*) ¿Ha concluido U, caballero.?

Blaguefort.—Acabo, acabo, Sr. D. Antonio; es necesario pesar todas las palabras. (*Sigue leyendo.*)

Donaciano.—Pasaré á casa de U., caballero, porque en un cuarto de posada no hay la mayor comodidad.

Printseller.—Mañana, á las nueve, estaré en casa de U. Mister Rubio. Es negocio concluido.

Antonio.—(*Impacientado, á Blaguefort.*) Sr. Blaguefort, ha leído U. ya tres veces!

Blaguefort.—(¡Ah! ¿por qué no pude hallar un pretexto?) (*Doblando el pliego.*) Pudiera ser necesario leer otra vez; pero creo que puedo decir á U. que, deseando dar una prueba de deferencia á U. y de las simpatias sinceras que me ha inspirado su sobrina, la amabilísima Lola, admito. (*Firma.*) U. sabe lo que vale la palabra de un frances y U. puede contar con que, por mi parte, es negocio enteramente arreglado. (*Dá el pliego á Antonio.*)

Antonio.—Celebro, señores, la conclusion amistosa de un negocio, que amenazaba ser sumamente desagradable. Aprovecho esta ocasion para ofrecer á UU. mi amistad y mi casa en donde tendré sumo gusto en verlos.

Donaciano.—(*Dándole la mano.*) Haré uso del bondadoso ofrecimiento de U.

Printseller.—(*Id.*) Servidor de U.

Blaguefort.—(*Id.*) Yo tengo el honor, señor, de ofrecerme á sus órdenes. (*Váse D. Antonio.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, ménos D. ANTONIO.

Blaguefort.—[*Con volubilidad.*] El dia está hermosísimo y convida á dar un paseo. Despues de tratar de negocios, es necesario pensar algo en divertirse; y este maldito Veracruz, con su calor, con sus mosquitos y su vómito prieto ofrece tan pocas distracciones! La encantadora Lola habrá extrañado no haberme visto hoy. En un pais en que los hombres, como yo, son

muy escasos. mi conversacion debe ser de gran precio para ella. Esto unido á que, como UU. saben, las mujeres de todos los paises tienen un "faible" hácia los franceses..... Y despues, yo le hablo de Paris, del hermoso Paris, de sus magnificos teatros, de sus paseos, de los "Boulevarts", de las modas, de la corte, de la emperatriz, del gran Napoleon; en fin, ella está encantada!—No se enoje U. conmigo, Sr. D. Donaciano, pues creo que no le es indiferente la bonita Lola.—Y tambien nuestro flegmático Mr. Printseller!... Me parece que han hecho impresion en su impasibilidad los lindos ojos de la mexicanita.—Con que hasta luego, Señores; yo me voy á ver á la perla de Veracruz. (Vase.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, ménos **BLAGUEFORT.**

Printseller.—¡Oh! ¡qué frances tan charlatan! ¡Todos son lo mismo!

Donaciano.—A fé mia, que no sé como fuimos á mancomunarnos con él! ¡Cómo queria imponernos su voluntad, siendo él quien ménos voz ni voto debia tener!

Printseller.—¡Oh! ¡qué fatuidad! El cree ya segura la conquista de Lola.

Donaciano.—¡Pobre Lola con semejante paratato! ¡Cómo podria una jóven tan amable, de talento y graciosa, hacer el menor caso de semejante torbellino! Lola es digna del cariño de un hombre de valia.

Printseller.—¡Oh! ¡Lola es jóven de gran valor! ¡Ella debia ser inglesa!

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y PEPE.

(*Entra Pepe seguido de un criado que conduce una maleta y un saco de noche. El criado deja los bultos en el suelo, cerca á la puerta y espera.*)

Pepe.—(Al criado.) Puedes irte ya Juan..... Ah! toma. (Le da una moneda y se adelanta hácia Donaciano y Printseller. El criado sale.) Señores, perdonen UU. que los interrumpa: ¡Tendrá alguno de UU. la bondad de decirme dónde se halla el administrador de las diligencias? No lo he hallado en el despacho y he venido hasta aqui á buscarlo. Necesito con urgencia un boleto para el coche que sale esta noche para México.

Donaciano.—Ha salido el Sr. administrador, pero esta es hora en que suele volver y generalmente viene un rato á esta sala donde nos reunimos los pasajeros. Si U. gusta esperar.

Pepe.—Con permiso de UU. esperaré sentado en este sofá. (Toma un periódico y se sienta.) No interrumpen UU. su conversacion. Voy á leer un rato mientras vuelve el Sr. administrador.

Donaciano.—(A Printseller.) Volviendo á nuestro coacredor, él ha visto que la fortuna de Lola es grande y no se encuentran asi 10 ó 12 millones de francos, en cualquier esquina. (Pepe al oir el nombre de Lola, finje leer, prestando atento oido á la conversacion.) Con la fatuidad que le es genial, se imagina que, como César, solo tiene que presentarse para vencer. Sin duda creerá que la magnanimidad de su con-

ducta, al admitir las propuestas de D. Antonio, bien merece una recompensa, y no dudo que, á estas horas, acaso le estará haciendo á Lola una declaracion incendiaria.

Pepe.—(Levantándose y acercándose á Donaciano.) Dispénseme U., caballero: U. ha pronunciado el nombre de una mujer y, aunque es nombre bastante comun entre nosotros, el estar él mezclado con créditos, acreedores, y arreglos, me hace sospechar que sea el de una persona por quien, además de los lazos del parentezco, tengo el mas vivo interés: ¿hablarían UU. acaso de la Srita. D.^{ca} Dolores Rubio? No me juzgue U. indiscreto y tenga U. la bondad de contestarme.

Donaciano.—De la misma hablamos, caballero.

Pepe.—Y el nombre del Señor á quien U. aludía ¿tendría U. embarazo en decirmelo?

Donaciano.—Ninguno; es un frances llamado Mr. Napoleon Blaguefort.

Pepe.—(El mismo de quien ya me habían hablado. No creía yo al hombre tan emprendedor. Suspendo mi viaje y me quedo. Si la policia me atrapa, ya veremos de salir del paso; primero es Lola que todo) (A Donaciano Doy á U. las gracias por su bondad. Soy José Maria Perez, primo de la jóven de quien U. hablaba y tengo el gusto de ofrecerme á sus órdenes. (Se inclina ante Printseller que le vuelve su saludo.) A la disposicion de UU. señores. (Vásc.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ménos PEPE.

Donaciano.—Parece que todo el mundo es aquí aficionado á Lola. ¿Si será solo interés de primo?

Printseller.—Es demasiado vivo el interés, para ser únicamente de primo.

Donaciano.—(Asi lo temo.) Pues si es así, trabajos le mando á Mr. Blaguefort. El jóven parece resuelto y nada lerdo.

Printseller.—Yo me alegraría. Blaguefort me choca profundamente.

Donaciano.—A mi me fastidia de tal manera que ya deseo el momento de salir de esta casa, ó que él la deje, para no sufrir á toda hora su sempiterna charlataneria.

Printseller.—¡Oh! yo tendré que sufrirlo muy poco tiempo. Soy capaz de volverme á Inglaterra, sin concluir mis negocios, solo por no verlo.—Tengo algunas cartas que escribir y voy á mi cuarto por un rato. Hasta luego Mr. Castilla. (Vásc.)

ESCENA VIII.

DONACIANO SOLO, despues UN CRIADO.

Es cosa particular como á todos les cae en gracia este Mr. Blaguefort. Cada dia me admira mas como pudimos, el ingles y yo, hacer la locura de unirnos con semejante hombre. En la que nos iba á meter! Yo lo que deseo es asegurar el pago de lo que se me debe y volverme á mi casa, dónde tengo negocios que deman-

dan mi atención.—Afortunadamente pronto se dió á conocer el frances. Las cosas están en via de arreglo y muy en breve quedará todo arreglado ¡Qué fatuidad, la del Blaguefort! considera ya á Lola como suya. (Pausa.) El primito me da en que pensar... pero ¡bah! probaremos siempre vado y si no surte efecto, nos volveremos á España, que tambien alli hay mujeres. Los hombres de negocios no debemos dar mucho tiempo á sentimientos del corazon.

Juan.—(Entra y le entrega varias cartas.) Un cargador acaba de traer estas cartas para U.

Donaciano.—Son cartas de Cádiz, vamos á leerlas con espacio.

ESCENA IX.

JUAN SOLO, despues BLAGUEFORT.

(Se ocupa en arreglar las sillas, asear la mesa, donde pone en orden los periódicos &c.)

Juan.—Vaya unos pasajeros para recibir cartas! Todo el dia se lo pasan escribiéndolas ó leyéndolas. No debe ser muy divertido ser uno hombre de tantos negocios.

Blaguefort.—(Entrando con precipitacion.) Muchacho, ¿dónde están el Sr. ingles y el español?

Juan.—Al ingles lo supongo escribiendo en su cuarto, pues no hace otra cosa todo el dia; en cuanto al español, le acabo de entregar un paquete de cartas y se ha ido segun él dijo, á leerlas con espacio.

Blaguefort.—Vé á llamarlos. Diles que los es-

pero aquí; que es para asunto que importa. (Vá se el criado.)

ESCENA X.

BLAGUEFORT, SOLO.

No hé perdido la mañana.—Es verdad que no tuve el dulce placer de encontrar á la encantadora Lola, pero no lo siento:—ella habia salido, segun me dijeron los domésticos.—Guiado por un presentimiento, que ahora me explico, peneetro á las habitaciones de Lola.—Los domésticos, que me ven entrar con frecuencia á la casa, me dejan hacer.—De pieza en pieza, llego al gabinete de la señorita; apercibo sobre un elegante escritorio una carta comenzada, con cierto perfume que de lejos decia era de amores.—Me acerco, casi involuntariamente, y leo un principio que me interesa: “Pepe adorado” decia; pienso que no debia continuar; pero al momento reflexiono que en este pais, medio salvaje, todo es permitido.—Continúo leyendo: era una carta llena de pasion y de ternura; en ella se hablaba de retrato, de cartas dadas á guardar... Sobre el escritorio habia un bultito y un estuche.—En el momento mi penetracion adivina que son el retrato y las cartas en cuestion. Me encanto con este hallazgo y, con la rapidez del rayo, hundo en las faltriqueras de mi levita cartas, retrato y bultito, y me salgo impasible de la casa.—Esta se halla á unos cuantos pasos de la posada.—Necesitaba imponerme de las cartas á solas y, antes de volver á mi cuarto, me dirijo al muelle, donde he pasado un rato muy divertido.

—En un instante nace un plan admirable en mi fecundo cerebro y.....

ESCENA XI.

EL MISMO, DONACIANO Y PRINTSELLER. (que entran á la vez.)

Donaciano.—¿U. nos ha llamado?

Blaguefort.—Si señor, á U. y al Sr. Printseller.

Printseller.—Yo estoy aquí.

Blaguefort.—Señores, la escena ha cambiado completamente. Hé logrado, por medios que no es necesario referir, hacerme de documentos que me ponen en posicion de exigir, de la testamentaria nuestra deudora, lo que nosotros queremos.

Printseller.—Ese es negocio concluido.

Donaciano.—¿No hemos dado ya nuestro consentimiento á las propuestas de D. Antonio?

Blaguefort.—¡Oh! esas son niñerías. Yo repito á UU. que tengo en mi poder documentos, con los cuales, presentándolos, ó tan solo amenazando darles publicidad, toda la riqueza de Lola, Lola misma son nuestras.

Donaciano.—¿Cómo niñerías! ¿Y nuestras firmas?

Blaguefort.—Oh! Ellas no valen mas, para mí, que el papel en que están escritas.

Printseller.—(¡Oh! ¡qué pillo!)

Donaciano.—(¡Bribon,! pero sepamos su plan) ¿Qué documentos son esos?

Blaguefort.—Oh! ellos valen oro en polvo! Figúrense UU. una coleccion completa de cartas de la señorita Lola á su amante, retrato, ri-

zos de pelo.—Las cartas merecen ver la luz pública—escritas en un estilo ardiente, tropical... Sería otra Nueva Eloisa.

Printseller.—(Oh! shocking!) ¿Y que nos importan esas cartas?

Donaciano.—Deben devolverse en el acto á su dueño.

Blaguefort.—¡Oh! ¿luego UU. no comprenden?—¡qué candor! ¿No ven UU. todo el partido que se puede sacar de esas cartas? No tienen UU. pues inventiva, es necesario explicarles todo.—Creo que tanto Mr. Printseller como el Sr de Castilla se interesan á la encantadora Lola. Yo diré francamente que estoy frenéticamente enamorado. No quiero valerme de mi posicion—UU. niegan su consentimiento al convenio semi-pactado con D. Antonio, yo pongo estas cartas y demás objetos, de un valor inestimable, en la compañía que celebramos desde hoy.....

Donaciano.—¿Qué ganamos con esas prendas de tan gran valor?

Blaguefort.—¿Cómo qué?—Obligar á Lola á que nos entregue todas sus fincas, amenazándola con publicarlas; mas aun, á que su persona sea del afortunado mortal que elija la suerte de entre nosotros tres, porque yo llevo mi generosidad hasta el extremo, y les propongo á UU. que la suerte decida, á quien debe pertenecer esa perla mexicana. Por supuesto que el dueño de la señorita y de su fortuna, hará compensaciones monetarias, anteriormente estipuladas, á los dos menos afortunados.

Donaciano.—(¡Qué pillo tan rematado!) ¿Y sabe U., Sr. Blaguefort, como se llama en mi lengua la accion que U. nos propone?

Blaguefort.—¿Cómo Sr. de Castilla? ¡Aprovecharse de la "Soledad" y hacerse, de cual-

quier manera y por cualquier medio, de las armas y posiciones del enemigo para obligarlo á rendirse! para un frances, esta es una combinacion sublime.

Donaciano.—Pues en castellano, eso se llama sencillamente una infamia.

Blaguefort.—¡Sr. de Castilla!

Printseller.—En ingles se llama exactamente lo mismo.

Blaguefort.—¡Mr. Printseller! ambos me daran una satisfaccion. Jamás se dirá que un frances se ha dejado insultar!.....

Printseller.—Yo he visto algunos. Mi cuarto es vecino del de U.

Donaciano.—Ni soy espadachin ni entiendo de desafios, pero U. me los explicará Mr. Blaguefort.

Printseller.—Yo pido á U. un primero y último favor.

Blaguefort.—¿Y es?.....

Printseller.—Que olvide U. haberme conocido.

Blaguefort.—Señores, á ambos les pesará haberme conocido. Yo probaré á UU., en otro terreno, que Napoleon Blaguefort.....

ESCENA XII.

LOS MISMOS, PEPE.

Pepe.—Señores, saludo á UU. (*Dirigiéndose á Blaguefort.*) Por el aire, por la facha y porque me lo dice mi odio, conozco que U. es el Sr. Blaguefort.

Blaguefort.—Ese es mi nombre, caballero.

Donaciano.—(¡Buena la vamos á tener!) (*Se sienta á un extremo de la escena*)

Printseller.—(¡Oh! ¡yo me voy á divertir!) (*Se sienta al otro extremo y saca su lente para observar.*)

Pepe.—(*A Blaguefort.*) Me llamo José Maria Perez, soy pariente de la Srita. Rubio, y supongo que U. adivinará á lo que vengo.

Blaguefort.—¿Yo? no ciertamente. Yo no tengo el honor de conocer á U.

Pepe.—Vengo á pedir á U. me entregue, en el acto, los diversos objetos que ha sustraído U. del gabinete de la señorita Rubio.

Blaguefort.—(¡Diablo! este hombre poco civilizado puede cometer un atentado! ¡Estos mejicanos usan puñal!) U. me insulta, caballero, y yo no tolero insultos.

Pepe.—Pocas palabras, y al grano: ¿Me devuelve U. esas prendas?

Blaguefort.—Repito que U. me insulta. U. asegura un hecho que no prueba, y mi reputacion.....

Pepe.—[*Con cólera que irá aumentándose hasta el final de la escena.*] Yo he visto salir á U. de la casa de mi prima; ella misma me ha dicho que los objetos que yo le reclamo á U., fueron robados de su gabinete; los criados me han asegurado que U. era la única persona que habia penetrado en su aposento ¿quiere U. mas pruebas? ¿me devuelve U. esas prendas?

Blaguefort.—¿U. pretende que esas son pruebas?
Pepe.—He dicho á U. que no quiero hablar mucho. Estoy convencido de que U. tiene las prendas robadas. No he de emprender con U. una lucha de ganapan, para quitárselas y hay otros medios que U., frances, debe conocer.

He insultado á U. varias veces. He dicho que habia prendas robadas y que U. era.....

Blaguefort.—¡Cuidado, señor, cuidado y no profiera U. un insulto!....

Pepe.—Pero ¿qué mas insultos quiere U?

Blaguefort.—Yo no los he tomado por tales. Estamos en un pais en que no pueden regir las leyes del honor, hechas para los paises de la cultura Europa.....

Pepe.—¡Basta, insolente! ¿Qué debo hacer para que U. se bata? ¿Se batirá U. conmigo? Si ó no? (*Dándo un paso hacia él, con ademán amenazador*)

Blaguefort.—(*Con impudencia.*) Si y no. No ahora, porque la mision que tengo que desempeñar es de una trascendencia grande para la casa de Moulins y C^{as}. Yo nunca rehusó batirme, al contrario, para mí es un placer. Pero mis deberes de hombre de negocios refrenan, por ahora, mi cólera y mi ardimiento. No perderá U. sin embargo por esperar, señor. Cuando yo haya concluido mi mision, que repito es muy importante, y haya dado cuenta de su resultado á la casa de Moulins y C^{as}, U. me tendrá á sus órdenes (*Dándole una tarjeta*) en Paris, calle de Vivienne, núm. 27, en el entresuelo. Para no perder tiempo, desde ahora podemos escojer las armas.

Pepe.—[*Exasperado, volviéndose á Printseller y Donaciano.*] ¿Habian UU. visto una cosa igual, señores? ¡Por Dios! diganme UU. que debo hacer con este hombre, para obligarlo á batirse, ó me ahoga la cólera.

Printseller.—(*Levantándose con calma.*) Echarlo por el balcon.

Blaguefort.—¡Cuidado! ¡cuidado con las vias de hecho! El Sr. cónsul de S. M. I. en este puer-

to, el Ministro plenipotenciario de S. M. I. y su misma M. I. Napoleon III, reclamarian tan grande atentado; y la República tendria que pagar indemnizaciones muy considerables, por el menor daño que se hiciera á la persona de un súbdito de S. M. I.

Printseller.—(Yo daría mil libras esterlinas por un par de costillas rotas.)

Pepe.—[*En el colmo de la desesperacion.*] Señores, por Dios, ¿qué debo hacer?

Donaciano.—(*Se levanta y acerca á Pepe.*) Señor D. José Maria, lo mejor que U. tiene que hacer con este hombre es dejarlo; porque, decidido como está á no batirse, U. no podría mas que exponerse á demandas ante los tribunales que, cuando ménos, le traerian mayores disgustos. (*Tomándole del brazo.*) Vamos, vamos. En estos casos lo mejor es el desprecio.

Pepe.—(*Resistiéndose á salir.*) ¡Y hé de dejarle el retrato y las cartas de Lola!

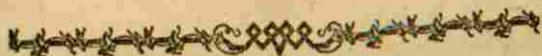
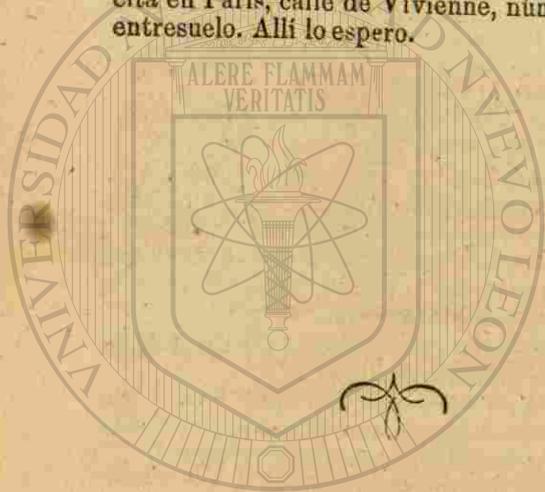
Printseller.—(*Tomándole del otro brazo.*) En mi pais se usa el box; U. no quiere apelar á esta arma, vámonos (*Se lo llevan casi á la fuerza*).

ESCENA XIII.

BLAGUEFORT, SOLO con ademanes de cólera.

¡Han hecho bien en llevárselo, porque ya mi paciencia estaba al cabo! ¡Han hecho bien en quitármelo de delante! ¡Oh! ¡si no estuviera yo ligado por la mision de importancia que me ha confiado la casa de Moulins y C^{as}!... ¡Qué sacrificio he tenido que hacer á mis deberes de hombre de negocios! El honor mercantil ha sofocado el honor frances. Pero no obstante, este tam-

bien ha quedado bien puesto, pues, aunque bien considerado, en un país como este, semi-salvaje, las leyes del duelo no pueden tener su aplicación y yo no estaba obligado á batirme con un hombre que, seguramente, traía escondido algún puñal envenenado. ¡qué horror!.. yo le he dado cita en París, calle de Vivienne, núm. 27, en el entresuelo. Allí lo espero.



ACTO CUARTO.

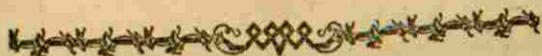
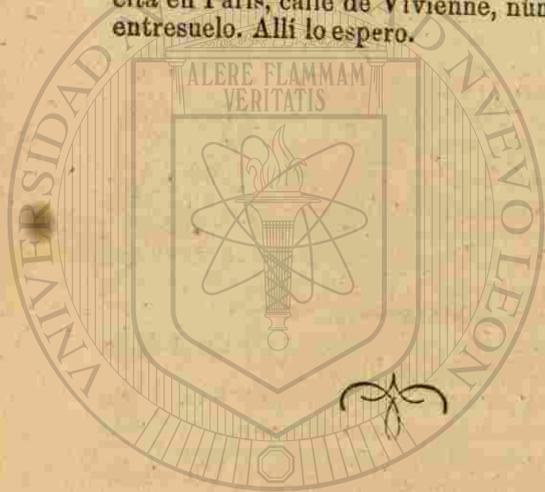
Decoración del primer acto.

ESCENA I.

LOLA, SOLA *sentada cerca de la mesa con varias cartas en la mano.*

¡Qué objeto se habrá propuesto el que cometió la felonía de llevarse mis cartas y mi retrato? Es una felonía inútil, pues fuera del valor que ellas pueden tener para Pepe y para mí ¿á quién mas pueden interesar? [Páusa.] ¡Si fuera para valerse de ellas, como de una arma, contra ambos! ¡Qué cálculo tan errado! Todo Veracruz sabe nuestros amores: ellos datan, se puede decir, de nuestra infancia, y yo lejos de ocultarlos me glorío de la pasión de Pepe, y tengo orgullo en corresponderle. [Páusa.] Mas se me olvidaban estas cartas, que me ha entregado un criado hace poco: leámoslas [Lee la primera.] ¡Vaya una cosa graciosa!—El inglés también... Veámos

bien ha quedado bien puesto, pues, aunque bien considerado, en un país como este, semi-salvaje, las leyes del duelo no pueden tener su aplicación y yo no estaba obligado á batirme con un hombre que, seguramente, traía escondido algún puñal envenenado. ¡qué horror!.. yo le he dado cita en París, calle de Vivienne, núm. 27, en el entresuelo. Allí lo espero.



ACTO CUARTO.

Decoración del primer acto.

ESCENA I.

LOLA, SOLA *sentada cerca de la mesa con varias cartas en la mano.*

¡Qué objeto se habrá propuesto el que cometió la felonía de llevarse mis cartas y mi retrato? Es una felonía inútil, pues fuera del valor que ellas pueden tener para Pepe y para mí ¿á quién mas pueden interesar? [*Páusa.*] ¡Si fuera para valerse de ellas, como de una arma, contra ambos! ¡Qué cálculo tan errado! Todo Veracruz sabe nuestros amores: ellos datan, se puede decir, de nuestra infancia, y yo lejos de ocultarlos me glorío de la pasión de Pepe, y tengo orgullo en corresponderle. [*Páusa.*] Mas se me olvidaban estas cartas, que me ha entregado un criado hace poco: leámoslas [*Lee la primera.*] ¡Vaya una cosa graciosa!—El inglés también... Veámos

que contiene esta otra.—[*La lee.*] Esta no me sorprende tanto.—No andaba tan desacertado el tío D. Facundo.—Y esta ¿qué traerá? [*La lee.*] ¡Es demasiada insolencia! ¡Atreverse aún á dirigirse á mí! ¡Anunciarme que vendrá á mi casa! Este hombre no conoce ni el honor, ni la vergüenza.

ESCENA II.

ALERE LOLA, D. ANTONIO.

Antonio.—¿Cómo estás sobrina? [*Al ver las cartas que Lola ha dejado sobre la mesa.*] ¡Qué correspondencia tan abultada! ¡Ya te has hecho cargo de los negocios de la testamentaria!

Lola.—No, tío; parece que ha pasado ya el concurso de acreedores y tenemos ahora concurso de novios.

Antonio.—¿De novios? prefiero los acreedores. ¿Y quiénes son los aspirantes?

Lola.—Mis mismísimos acreedores.—Mas vea U., impóngase U. (*Le da las cartas.*)

Antonio.—[*Después de leer una.*] Lacónica y caballerosa. Este es un hombre de honor; escribe como habla. (*Lee otra.*) Este también es un caballero; como él suele decir: pan, pan, vino, vino. No te puedes quejar, sobrina. Estas cartas te honran; siempre es honroso ganar el cariño de hombres como estos.

Lola.—Se los agradezco, muy de veras, sobre todo al comparar su respetuosa conducta con la del Blagnafort.

Antonio.—¡Cómo! ¿Se atreve, después de lo ocurrido, á escribirte ese charlatan? ¡qué desvergüenza! Veámos [*La lee.*] Como suya ¡qué fatuidad! ¡qué jactancia! [*Sigue leyendo.*] ¡Impu-

dentel! ¡Achacar á su pasión infamia tan rastrera! [*Botando la carta sobre la mesa sin concluirla.*] Eso no se puede tolerar. ¿Y piensas sobrina recibir á este hombre?

Lola.—No creo que se atreva á pisar mi casa.

Antonio.—Pues te equivocas, á todo se atreve el Blagnafort.—Mas no hablemos ya de ese canalh, que se me revuelve la bilis. ¿Será permitido, sobrina, penetrar los secretos de tu corazón? ¿Cuál de los dos primeros es el afortunado?

Lola.—No se burle U. tío, demasiado sabe U. quien es ese afortunado.

Antonio.—No, señorita; U. es tan reservada, tan poco franca..... Mas ya que quieres guardar ese misterio, pasaremos al objeto de mi visita. (*Le acerca una silla á Lola y se sientan.*) Tengo, en esta vez, buenas noticias que darte. Hace poco hemos tenido el gusto de arreglar Nicolás y yo, con los señores Printseller y Castilla, la manera definitiva de pagar sus créditos y se han firmado ya todos los documentos. Es un placer tratar con caballeros como estos.

Lola.—¡Cuánto lo celebro, y cuánto tengo que agradecer á U!

Antonio.—Nada, Lola; tú has hecho más que yo. Cuando él que debe se porta como estás dispuesta á hacerlo, no se puede ser muy exigente; y además: eres hechicera y los has hechizado. Nos queda el frances que, después de haberme dado su palabra de Napoleón Blagnafort, se ha arrepentido y la ha roto como quien es. Pero, poco importa; ya veremos como nos entendemos con él; que lo mejor sería á palos.

Lola.—De buen humor está U. hoy, tío. ¿Qué otra noticia me traía U?

Antonio —Lezama está mucho mejor; los médicos lo han declarado fuera de riesgo. Sabes que generalmente me quieren bien en la ciudad y está ya arreglado, merced á algunos pasos, ese malhadado negocio. No tendrá que dejar á Veracruz tu prinito.

Lola. — ¡Ah! ¡qué bueno, qué excelente tó es U.! ¿Y cómo no comenzó U. por darme esta noticia, que para mi es la mas importante? Cuánto, cuánto quiero á U.! ¿Con qué no se va Pepe?

Antonio. — No señorita, no se va, se queda: al menos así me lo ha dicho el mismo interesado.

Lola. — ¿Pepe? ¿lo ha visto U., tío? ¡oh! ¡qué gusto! Entonces está U. ya reconciliado con él.

Antonio. — ¡Cómo corre, cómo vuela tu imaginacion! No tan aprisa, sobrina, modérate, modérate. — Lo he visto; estuvo esta mañana en casa; me refirió la accion infame de ese hombre y la visita que le hizo á ese charlatan. Estuvo bastante formal, bastante juicioso pero siempre orgullosito, siempre altanerilo. Despues me habló de cierta niña, por quien parece interesarse sobremanera; me dijo que era necesario que esta tuviera un protector, con mas derechos que los que él tiene, para poderla defender, dar su vida por ella. Estuvo tierno, eloquente, entusiasta. Y como yo tambien quiero, acaso demasiado, á la tal niña, algo calmó mi enojo. Pero de ahí, Lola, á que le perdone, algo falta. — Sin embargo, te diré, para que no te aflijas, que se pueden dar como entabladas las negociaciones para la paz.

Lola. — Tío, tío, déjeme U. abrazarlo. (*Lo abraza con efusion*)

Antonio. — Cuidado, cuidado, no vayan á entrar tus adoradores (*La abraza él de nuevo*). Despues de todo estoy contento. Hace tanto tiem-

po que vivia tan triste en mi casa, tan solo.... Este abrazo me ha hecho mucho provecho.

Lola. — Y confíeselo U. tío, la visita de Pepe tambien le ha sido á U. agradable, lo ha puesto de buen humor.

Antonio. — ¡Dale con Pepe! Mira que voy á creer que todas las zalamerias que me haces son por ese bribon.

Lola. — (*En tono de reconvencion*). No, tío: no sea U. injusto. Bien sabe U. cuanto lo quiero.

Antonio. — Vaya, vaya, quiero creerlo. Pero me voy, tengo que hablar con Nicolás, para acabar de arreglar tus negocios. Yo bien me estuviera charlando contigo largas horas, pero será dentro de algunos dias..... Hasta luego, Lola.

Lola. — Hasta luego, querido tío. [*Lo acompaña hasta el gabinete de Nicolás y vuelve hácia el frente.*]

ESCENA III.

LOLA, SOLA, despues DONACIANO.

Lola. — ¡Magnífico dia! Pepe ya no se va. Reconciliado casi con mi tío. Esas malditas reclamaciones arregladas. Lo celebro sobremanera por mi buen Nicolás, á quien ni he visto en estos dias. ¡Tan ocupado así ha estado el pobre con los señores acreedores! — Y se me olvidaba: ¡tres propuestas de matrimonio en una hora! á fé que no me puedo quejar! Si no fuera por ese malvado frances hoy seria uno de los dias mas felices de mi vida.

Donaciano. — Señorita, á los piés de U.

Lola. — ¿Cómo está U. Sr. D. Donaciano

¿que se habia U. hecho.? Hace dos días cabales que no tenia el gusto de ver á U. por esta casa.

Donaciano.—Con harto sentimiento mio, señorita. El arreglo final de los negocios de que U. tiene conocimiento, me habia privado del placer de visitar á U., pero felizmente todo ha concluido ya.

Lola.—Felizmente para todos, caballero. Mi tío D. Antonio me decia hace poco con cuánta caballerosidad se habia U. portado.

Donaciano.—El es todo un caballero, Lola, y entre caballeros en pocas palabras se arreglan los negocios mas complicados. Lo único que siento es que desde un principio no nos hubiéramos visto; algunos disgustos nos hubiéramos evitado. (*Con cierto encogimiento.*) ¿Ha recibido U. una carta mia, señorita?

Lola.—Si, señor, la he recibido. Agradezco á U. en el alma la opinion que U. se ha formado de mí, la oferta que U. me hace me honra en extremo, pero.....

Donaciano.—Bien, conozco, Lola, que tengo muchos peros. Soy hombre ya maduro, sin ninguna de esas cualidades brillantes que agradan á las jóvenes, sin elegancia, sin gracia....

Lola.—¡Oh! Sr. D. Donaciano. U. es un hombre honrado, simpático, generoso, de gran fortuna y de buena educacion. Desde que lo ví á U. por primera vez conocí que seriamos buenos amigos. Cualquiera mujer seria feliz al lado de U., pero antes de conocer á U. mi corazon no era ya mio.

Donaciano.—Muy afortunado será Lola, el que ha sabido merecer su cariño, pero siendo así, mi sentimiento será menor. ¡Jamás creí llevar de México el recuerdo que llevo!

Lola.—Pensaré siempre con placer, caballero, en los agradables ratos que he pasado al lado de U. No dudo que disfrutaremos aun por algun tiempo de su compañía.

Donaciano.—Nó, señorita, no. Un momento pude olvidar el torbellino de los negocios para escuchar la voz de mi corazon y conozco que he hecho mal. No debo permanecer por mas tiempo en una ciudad, dónde nada me detiene ya.... vuelvome á España.

Lola.—¿Tan pronto?

Donaciano.—Si, lo mas pronto posible. Dentro de breves dias sale un buque para la Habana y en él me embarco. El recuerdo de U, creame Lola, será acaso el único sueño de felicidad que haya tenido en medio de una vida toda de negocios. Dios no ha querido que este sueño se realice; vuelvo á mi antigua vida.

Lola.—¡Oh! Sr. D. Donaciano, en España prontó olvidará U. lo que en México ha visto.

Donaciano.—En efecto, olvidaré ó haré por olvidar. Los negocios absorverán de nuevo todo mi tiempo, y mas tarde, cuando llegue el último tercio de mi vida, algun enlace de esos que se acostumbran hoy en Europa... Pero, perdóname U, Lola, estoy hablando como si hablara conmigo mismo.... ¿qué puede interesar á U?...

Lola.—Mucho me interesa, caballero, el porvenir de U., y los votos que siempre haré por su felicidad, serán bien sinceros.

Donaciano.—Creo á U., sí, la creo. Llevo al menos la seguridad de haber sabido merecer su amistad.

Lola.—Muy verdadera.

Donaciano.—Aqui, en Cádiz, dónde me encuentre, tendrá U. en mí un buen amigo. Acaso antes de de jar á Veracruz, venga á pedir á U.

órdenes; pero de todas maneras, Lola, crea U. que en lo sucesivo, nada de lo que pueda interesar á U. me será indiferente. Permitame U., al despedirme, estrechar su mano entre las mias.

Lola.—Con mucho gusto. Un abrazo D. Donaciano. Algun dia nos volveremos á ver acaso, y será para mí un placer muy grande.

Donaciano.—¡Adios, Lola! ¡Adios! (Vase.)

ESCENA IV.

LOLA SOLA, DESPUES DON ANTONIO.

Lola.—Lo veo ir con tristeza. Es un hombre de corazon, su afecto es sincero y desinteresado y creo en la verdad de la amistad que me ofrece. Merece encontrar una muger que lo haga feliz; el sabrá hacerla dichosa.

Antonio.—(Saliendo del gabinete de Nicolas) Hemos concluido, sobrina, y me voy. ¿Qué te has estado haciendo? ¿Leyendo tus cartas? tanto te divierten?

Lola.—Nó, ha estado aquí D. Donaciano; se acaba de despedir de mí.—Dentro de pocos dias, se embarca para España.

Antonio.—¡Cómo! ¿tan pronto? Supongo que no lo habrás recibido mal, que no te habrás reído, como de todo te ries. Es buen sugeto y siento que se vaya tan pronto.

Lola.—Nó, no me he reído; mas diré á U., lo he visto ir con sentimiento.

ESCENA V.

LOS MISMOS, MR. PRINTSELLER,

Printseller.—Señorita, á los piés de U.—Sr. D. Antonio. (Se inclina y le dá la mano.)

Lola.—Celebro ver á U., caballero. Sirvase U. tomar asiento.

Antonio.—(Deseará quedarse solo) Sobrina, me voy. Mr. Printseller.....(Le tiende la mano).

Printseller.—Ruego á U. se detenga un momento, D. Antonio. Deseo oiga U. lo que tengo que decir á su sobrina.

Antonio.—(¡Vaya un novio singular!) Me detengo, D. Guillermo.

Printseller.—Señorita, no entiendo de amores, ni jamas he hablado de amor; pero sé lo que es amar y amo.—U. es una jóven adorable, de gran juicio, de gran talento. U. hará la felicidad del hombre que merezca su estimacion.

Lola.—Me hace V. demasiado favor.
Printseller.—Solo digo la mitad de lo que siento. Yo tengo cuarenta años, una gran fortuna, buena reputacion, buena posicion social; ¿quiere U. señorita, hacer la felicidad de un hombre honrado, que habla poco pero siente mucho?

Lola.—U. me honra mas de lo que merezco. ¿Pero cree U. que seria digna de la buena opinion que ha formado de mí, si desde luego no le dijese la verdad? Tambien yo sé amar y amo desde hace mucho tiempo.

Printseller.—Yo estaba casi seguro de que tal seria la contestacion de U.; pero señorita, yo creo, y en esto seré acaso original, que la mayor prue-

ba de cariño, de respeto, de estimacion— que un hombre puede dar á una mujer, es ofrecerle su corazon y su nombre.—Yo no he querido volver á Inglaterra, sin dar á U. esta prueba. U. no acepta, he concluido y me voy. [*Levantándose*].

Lola.—Mr. Printseller, sé apreciar en todo lo que vale la noble delicadeza del paso que U. acaba de dar. Mi corazon guardará, como un grato recuerdo, las palabras que U. me ha dirigido, y ha erécido mi propia estimacion al escuchar á U. Imitando el laconismo de U. le diré: (*Tendiéndole la mano*) ¿quiere U. ser mi amigo, D. Guillermo?—

Printseller.— [*Tomándole la mano*] Si, señorita, seré su amigo. ¿Tiene U. algunas órdenes que darne para Liverpool? Esta tarde sale una goleta para Nueva—Orleans y aprovecharé la oportunidad.

Lola.—Solo tengo que desear á U. felicidad cumplida.

Printseller.— [*Vuelve á tomar la mano de Lola*] Lola, soy su amigo. ¡Adios! [*A D. Antonio*] Don Antonio, adios!

Antonio.—Espero ver á U. antes de irse. Deja U. aqui un amigo [*Lo acompaña hasta la puerta Váse Printseller y vuelve Antonio hácia Lola.*] ¿Sabes, sobrina, que me ha gustado el ingles? Estos ingleses tienen un modo de hacer y decir las cosas. . . . Pues, señor, algo debes tener tú, cuando á todos les agradas; ya veo que no eres tan loquita, como dice el beatucho de Facundo, y como sue- lo yo llamarte á veces.

Lola.—Sí, tío, soy media loca y U. sabe el dicho: “Cada loco con su tema.” ¿Conque ya está U. enteramente reconciliado con Pepe? ¿ya puedo, como ántes, volverlo á recibir en mi ca-

sa, á toda hora, sin que U. se incomode? U. ve que no siempre hé de estar dando calabazas, y mi tío D. Facundo dice que necesito un hombre serio, de experiencia, que me proteja, me dé ejemplos de buena moral, de cristiandad. Antonio.—¿Pero qué no sabes hablar mas que de tu Pepe? Lo tolero hoy, porque, como te he dicho, estoy de buen humor y quizas, quizas. . . . [*Vamos, cuando uno hace las cosas, es necesario no hacerlas á medias*] Me voy, me voy, sobrina. Ya debia estar en casa, pero Mr. Printseller se empeñó en que habia de oír su declaracion. Hasta luego. [*Váse.*]

ESCENA VI.

LOLA SOLA, DESPUES DON FACUNDO.

Lola.—¿Que querria decir con su quizas. . . ? En verdad que está hoy de buen humor. Como ha estado ocupado, distraido con el arreglo de mis negocios y mas que todo la visita de Pepe.

Facundo.—Buenos dias, loquita. ¿Cómo, no estás triste? pues yo creia encontrarte hecha un mar de lágrimas.

Lola.—¿Yo anegada en llanto? Al contrario muy contenta que estoy. ¿Porqué lo decia U.?

Facundo.—Pues ¿qué no has sabido que tu favorito Pepe, ha vuelto á las andadas? su desafío? que si lo atrapan.

Lola.—[No creia yo que tuviera mal corazon] ¿Y me lo viene U. á decir con tanta frescura, sabiendo que me causaria verdadero pesar?

Facundo.—Por que quiero que te dejes de esos amores, que te hacen poco favor; quiero

que pienses en un hombre serio, formal.....

Lola.—[*Con sequedad.*] Mucho agradezco sus consejos y sus buenos deseos. Me pensaré. ¿Me permitirá U. que lo deje un rato solo? Tengo algunas órdenes que dar.....

Facundo.—Vé sobrina. [*Lola entra á su habitacion*] Parece que se me ha mosqueado; pero no me hé de desanimar por ello. A los jóvenes es necesario no quitarles el dedo del renglon: erre que erre hasta que entren por el buen camino. El Pepe afecta reirse de mí, donde quiera que me encuentra; sé que en las reuniones hace plaza, burlándose de mis ideas; hé jurado hacerle la guerra sin descanso y no descansaré. [*Pausa*] Mas ya tarda Lola. ¡Si para vengarse querrá darme un planton!... [*Enojado*] Pues se equivoca, no tendrá ese gusto la mocosa; me largo. [*Al ir á salir, se encuentra con Blaguefort y vuelve al frente.*]

ESCENA VII.

DON FACUNDO, BLAGUEFORT.

Blaguefort.—Tengo el honor de saludar á U. ¿La encantadora Lola, se halla en casa?

Facundo.—[Este debe ser el frances de quien tanto se habla. Me apestan los franceses. Desde Voltaire á la fecha todos son impios.] ¿U. pregunta por la Señorita Rubio?

Blaguefort.—Si, señor, la graciosa, la perla de Veracruz.

Facundo.—Há entrado á su habitacion y puede esperarla si gusta. Yo me retiraba ya, no extrañará U.....

Blaguefort.—Oh! Señor, haga U., *sans facon*, yo soy de casa.

Facundo.—A las órdenes de U. [*Al irse*] Espera, espera, á ti te tocará el planton. [*Váse.*]

ESCENA VIII.

BLAGUEFORT SOLO, despues LOLA.

Blaguefort.—Héme aquí en el campo de batalla. La posicion es difícil, pero en estos lances se lucen el talento, la imaginacion, la inventiva francesa. ¿Cómo empezar el ataque? ¿Cómo? ese es el punto difícil, que despues mi natural elocuencia..... pasado el primer momento.... Estas criollas tropicales, son mujeres de sangre ardiente; ellas no están acostumbradas á nuestra "*rouerie*" (*Golpeándose la frente.*) Vamos, ya la tengo,..... es necesario emplear los grandes medios: pasion, mucha pasion, solamente pasion. La victoria es segura. Y si se resiste.... haré uso de las armas que una dichosa casualidad puso en mis manos. Oigo pasos.....

Lola.—[*Entra de prisa sin ver á Blaguefort.*] Tío, dispéñeme U. si lo he hecho esperar. [*Percebido á Blaguefort. Con dignidad.*] ¡Cómo caballero! ¿U. en mi casa? Creía que bastante insolencia era haberse atrevido á escribirme, despues del hecho infame.....

Blaguefort.—¡Oh! ¡Lola! ¡Lola adorada! U. no sabe á donde puede arrastrar una pasion volcánica, frenética, ciega.....

Lola.—¡Basta, basta, señor!

Blaguefort.—Abrúmeme U. con su cólera, confundame con sus reproches, pero escúcheme U. Yo amo á U., Lola, con todo el fuego de que solo un corazón frances es capaz. Por alcanzar su amor, yo sería capaz de todo, de todo, hasta del crimen.

Lola.—[Con sarcasmo.] Y de la infamia..
Blaguefort.—Cegado por una pasión que se ha apoderado de todo mi ser, vuelto loco por los encantos divinos de U., por esa hermosura deslumbradora, por el fuego abrasador que despiden sus lindos ojos.....

Lola.—Basta de drama, caballero. Me causa U. hastio, no merece U. ni mi desprecio.

Blaguefort.—¡Oh! señorita, creo que lo toma U. demasiado alto. U. olvida que tengo en mi poder ciertas armas.....

Lola.—De que me río.

Blaguefort.—Mire U. que haré un escándalo, que soy capaz de todo; mire U. que puedo publicarlas.

Lola.—[Con soberano desprecio.] Si le falta á U. dinero para la edicion, puede U. pedirlo al cajero de mi casa.

Blaguefort.—U. me provoca, U. se burla de mí. Es que tiene U. que escucharme, ó si no, me batiré con su amante, lo mataré.

Lola.—¿Dónde? ¿En Paris?

Blaguefort.—En fin, señorita, si no como amante, tengo derechos incuestionables como acreedor, y los haré valer. Seré inexorable.....

Lola.—Para eso, ahí está mi apoderado, y de ahora en adelante, se servirá U. no volver á poner los piés en esta casa. [Toca una campanilla y aparece Pedro.] Pedro, avisale á Don Nicolas que aquí lo espera ese hombre. [Vase Lola. Entra el criado al cuarto de Nicolas.]

ESCENA IX.

BLAGUEFORT SOLO, DESPUES NICOLAS

Blaguefort.—¡Qué muger tan indomable! ¡qué genio tan feroz! ¡qué falta de conocimiento de las reglas de la urbanidad! Esta sociedad mexicana necesita siglos para civilizarse. ¡Está aun en plena barbarie! [Entra Nicolas.]

Nicolas.—Me han dicho que U. me buscaba.

Blaguefort.—Efectivamente. U. sabrá que no he podido admitir las ridículas ofertas que se me hicieron por conducto de D. Antonio, y vengo á notificar á U. que habiendo apurado ya todos los medios de conciliacion, que han sido correspondidos con ingratitud y deslealtad, no me queda ya mas remedio, para hacer valer mis derechos, que acudir á los tribunales.

Nicolas.—Estoy dispuesto y preparado. Si eso es todo lo que U. tenia que decirme, bien podia haberse evitado la molestia de la visita.

Blaguefort.—¡Oh! UU. nunca comprenderán la exquisita política francesa! Muy pronto mandaré á U. la cita del juez, y si la justicia, como es costumbre en México, donde diariamente se desatienden los justos y moderados reclamos de los extranjeros, por las infinitas y diarias tropelias á que diariamente están sugetos, por los robos á mano armada, por los asesinatos y tanterobos á tantos crímenes..... Si, señor, si la justicia no anda derecha, si no atiende pronto y ejecutivamente mis reclamos, ¡oh! entónces no espere U. quedarse riendo de mí. La legacion de S. M. I., mi protectora nata en este país, tomará cartas en el negocio, y si es necesario, las escuadras de S. M. I.....

Nicolas.—¡Las escuadras de S. M. por 12000 pesos!! Era necesario que S. M. I. estuviera loco, y aunque algo se ha dicho de eso....

Blaguefort.—Me voy, me voy, por no oír semejantes blasfemias del gran Napoleon.

Nicolas.—Cuando U. guste.

Blaguefort.—Tengo el honor de saludar á U. Sr. de Molina. Nos veremos muy pronto. [*Váse*]

Blaguefort. [*RE FLAMMAN*]

Nicolas.—Cuando U. guste.

ESCENA X.

NICOLAS SOLO, despues LOLA.

Nicolas.—¡En mi vida habia visto un hombre como este! Se necesita una paciencia de ángel, para no desbaratarle una silla en la cabeza. Y esto es cada vez que se tiene la desgracia de hablar con él. Me admira como ha podido llegar á la edad que tiene, sin haber encontrado alguno que le rompa el alma. Bien que, segun me refirió D. Antonio, cuando llega el caso de encontrarse con la horma de su zapato, sabe hacerse del oído sordo y hasta algo mas, como le sucedió ayer con Pepe.

Lola.—[*Saliento*]¿Ya se fué ese hombre? ¡Gracias á Dios! Te estaba compadeciendo, mi buen *Nicolas*, de tenerlo que sufrir. No sé como no lo mandé arrojar fuera de casa por mis criados.

Nicolas.—Afortunadamente ya no tendrás que verlo. Me ha amenazado con los tribunales y aunque lo mas fácil fuera pagarle en el acto, como me ha incomodado tanto, quiero darle algun quehacer, aunque tenga que gastar mas de lo que se le debe.

Lola.—Haces bien, gasta cuanto quieras, pero que no se salga con la suya.—No hablemos ya de él. ¡Habia pasado tan bonito cial Si supieras, *Nicolas*.....

Nicolas.—¿Qué sucede, *Lola*, qué te tiene tan contenta?

Lola.—Que ya mi tío se ha reconciliado con *Pepe*, que ya muy pronto volverá este á casa como antes,.... que, en fin, ya supondrás.....

Nicolas.—¡Cuánto me alegro *Lola*! Ahora que me veo ya libre de enfadosas discusiones y que no me queda mas que el pleito con el frances, que es mas bien un gusto para mí, podré hablar largas horas contigo, lo que tanta falta me ha hecho en estos dias!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, D. ANTONIO, PEPE.

Antonio.—Ven á abrazarme, *Lola*, ven; quiero que hoy sea dia de gusto completo, pero te prohibo que abrases á ese bribon.

Lola.—[*Abrazada de D. Antonio*]¿No decia U. que queria que este fuera dia de gusto completo?

Antonio.—Vaya, pues, te permito que lo abrases, pero un solo abrazo, uno solo.

Lola.—[*Echándose en brazos de Pepe*] ¡Pepe! ¡querido *Pepe*!

Pepe.—¡Cuánto tengo que agradecerle á Mr. *Blaguefort*!

Antonio.—Y para que no te quejes, *Lola*, ya que hoy has rehusado dos maridos.....

Lola.—¿Dos, tío? Vaya tres.

Antonio.—¿Pues qué Nicolas acaso te estaba haciendo propuestas de matrimonio?

Lola.—Nó, Mr. Blaguefort....

Antonio.—¡No te decía yo que vendría!

Pepe.—¡Ah! ¡hubiéramos llegado un rato antes!

Antonio.—Vale más que así haya sido. Para que no te quejes pues, sobrina, de haberte quedado sin alguno de los tres, escoje entre los presentes el que más te guste. [*Lola y Pepe se echan á un tiempo en brazos de D. Antonio.*]

Lola.—[*Abrazada de su tío.*] ¿A quién he de escojer? A mi Pepe, que aunque calavera es mexicano, y lo prefiero mexicano y calavera á Napoleon Blaguefort.

Nicolas.—Yo á pelear con el frances!



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS